

Generación web con Celestina

Autor: Alberto Castillo

Comedia en un acto

Personajes:

Ana:

Joven de vida alternativa, nació en un medio social alto, 25 años.

Bob:

Nació en Los Angeles de padre mexicano y madre norteamericana, 25 años.

Carlos

Adicto a las computadoras, 21 años.

Alejandro:

Psicoanalista de 45 años.

Karina:

Es una bruja blanca, tiene alrededor de 60 años.

SINOPSIS

Ana, una joven veinteañera típica de colonia Condesa de la Ciudad de México o cualquier otra de clase alta en México (bella, glamorosa a su modo, alternativa, ecologista, pero **muy** insegura) está empeñada en encontrar al amor de su vida. Ella desea a alguien guapo, sensible, comprometido, buen amante, atento, buen amigo, autosuficiente, liberado, psicoanalizado, en fin todo lo que una mujer desea.

Una noche cree encontrarlo en un bar, pero Bob Ramírez (quien llegó a México buscando a su padre y sufre el complejo de Juan Preciado, que busca a su padre, Pedro Páramo) resulta todo (actor porno, con tendencias sexuales un poco extrañas, mexicanoamericano) excepto el amor de su vida.

Secretamente el psiquiatra de Ana, Alejandro, está enamorado de ella. De hecho ha destruido su vida por la cobardía de no haberle declarado su amor. Alejandro es un psiquiatra bastante desequilibrado, lleno de miedos y con una vida amorosa nula. Para él, sólo hay una mujer que valga la pena: Ana, pero ella es su paciente y tratar de seducirla sería falta de ética. Alejandro sufre.

El mundo de Ana está enriquecido por la presencia de Carlos, su compañero de departamento. Carlos es un adicto al internet y jamás ha tenido amor real, sus sentimientos y deseos se han manifestado siempre en la seguridad de la pantalla de la computadora, o en el mejor de los casos, a través de una ventana.

Cuando Bob Ramírez aparece en la vida de Ana, todo su mundo se desequilibra: lo ama, lo desea, está segura de que con él si conseguirá lo que siempre ha deseado: ese amor pleno y para siempre.

Su desesperación por “amarrarlo” es tal que decide recurrir a una medida extrema: una bruja. Sí, en pleno siglo XXI, con computadoras y avances científicos, Ana recurre a Karina, la bruja que tiene su consultorio en la esquina de su casa.

Pero Karina, la bruja, conoce a Alejandro, el psiquiatra; se ve involucrada con Carlos, el room mate de Ana y también con Bob. La pócima que le da a Ana para Bob cae en las manos equivocadas y se arma una comedia de confusiones de final inesperado.

ACTO ÚNICO

La escena se desarrolla en un departamento en la colonia Condesa de la ciudad de México. En la sala se encuentra colocada una computadora en un lugar central y visible, la computadora está encendida y se ve el movimiento de su protector de pantalla. Hay una ventana, cubierta por persianas, que da a un cubo de luz. Por entre esta persiana se asoma, al mismo tiempo que se frota la entrepierna.

Carlos: ¡Sabía que ibas a venir de nuevo! Sí, así, así mamita. Enséñamelo todo, pero no tan rápido, poquito a poco. Ay, qué rico. Uy, qué cosa tan primorosa...

Carlos maniobra para asomarse entre las hojas de la persiana al tiempo que se abre la bragueta.

También yo te lo enseñé un poquito, míralo, mira qué duro me lo pones. Sí, mami, es todo tuyo, todo.

Los pantalones de Carlos caen hasta las rodillas. Ahora se masturba alegremente, tanto, que no se da cuenta de que la puerta que da al exterior se abre. Entran Ana y Bob.

Ana: ¡Qué haces aquí, pendejo!

Carlos: (Cubriéndose los genitales con las manos) Teniendo sexo, ¿qué no lo ves?

Bob: Oye, yo creo que mejor lo dejamos para otro día, tu amigo está aquí...

Ana: Cuando menos súbete lo pantalones, ¿no?

Carlos: ¿Y se puede saber por qué no tocaste la puerta?

Ana: ¿Y por qué la voy a tocar? Este es mi departamento.

Carlos: ¡No es sólo tuyo, no se te olvide que yo pago la mitad de la renta!

Ana: Ya me debes ya cuatro meses.

Carlos: Y qué, ¿no me presentas a tu amigo?

Bob: Mucho gusto, soy Bob Ramírez.

Carlos intenta darle la mano, pero Bob la rechaza.

Carlos: ¿Bob Ramírez?

Ana: Sí, así se llama, ¿por qué?

Carlos: No, por nada. Pues acaben de entrar, están en su casa.

Ana: No seas pesado, Carlos. Pásate, cariño, ¿quieres otra cerveza?

Carlos: ¿Cariño, te dijo cariño? Te acaba de sacar de algún antro y te está diciendo cariño, ¡cuidado Bob Ramírez!

Ana: ¿Por qué no te largas a tu cuarto, Carlitos?

Carlos: No se me da la gana, tú entraste como ladrón y me frustraste un lígüe con la vecina, ¿por qué ahora voy a dejar que te la pases bien con este cuate con nombre de boxeador chicano?

Bob: ¿Así que estabas ligando con la vecina?

Carlos: Así es mi, buen Bob Ramírez, la vecina y yo estábamos teniendo un encuentro sexual a través de la ventana.

Bob: ¿Y le llamas a eso sexo?

Carlos: ¿Y cómo más se le va a llamar?

Bob: ¿Puñeta?

Carlos: ¡Qué limitado, hermano! El órgano sexual más importante es el cerebro y yo no voy a genitalizar mis encuentros sexuales simplemente porque gente como tú o como mi amiguita Ana creen que no hay sexo si no hay mete y saca. Además hay SIDA, hepatitis, gonorrea, embarazos no deseados, hongos, crestas, ladillas, trycomonas y diez mil bichos más.

Ana: ¡Carlos! Ya párale, ni mi amigo ni yo tenemos la culpa de tus traumas, ¿ok? Vente, Bob, vámonos a mi cuarto.

Bob: No, no. Espera un momento. De algún modo tu amigo tiene la razón. Por algo la humanidad huye cada vez más del... intercambio de fluidos.

Ana: ¡Ay, no!

Carlos: Y no es nada más eso, mira: supón que la chava es el ser más higiénico del planeta y que se presenta ante ti esterilizada y libre de gérmenes como jeringa Plastipak. ¿Y su cerebro? ¿Acaso tú sabes lo que pasa por su mente? Tal vez espera tenerte desnudo y yaciente en su cama para darte 45 puñaladas, a un amigo mío le pasó eso, de verdad, mira te lo juro. O qué tal si te arranca el miembro como Lorena Bobbit o tal vez acose a tu familia e intente destrozarte tu hogar como Glenn Close en Atracción Fatal. No amigo, el sexo es cosa seria, y tú no deberías meterte a la cama con esta desconocida.

Bob voltea a ver a Ana como inspeccionándola, aunque en realidad lo que le interesa es la extraña relación entre Ana y Carlos.

Ana: No, no es posible. No me vas a hacer esto, Carlos.

Ana se lanza sobre Carlos y comienza a ahorcarlo. Forcejean, Bob ve la escena y no sabe qué hacer, finalmente decide irse sin dar aviso. Carlos señala hacia la puerta insistentemente para que Ana se percate de que Carlos se ha ido. Finalmente lo suelta.

Carlos: Se fue, se te fue.

Carlos comienza a reír todavía entre espasmos de tos. Ana se tira sobre el sillón y comienza a llorar.

Ana: ¡Eres un ojete! Cabrón, ¿por qué me haces esto? ¿Por qué pinche Carlos? Era el amor de mi vida.

Carlos: Ya, Ana. Cálmate y no digas sandeces. ¿Cómo va a ser el amor de tu vida un tipo que acabas de conocer?

Ana: ¿Qué tal si sí? ¿Qué tal si es el hombre que he estado esperando todos estos años?

Carlos se pone de pie y va al sillón a consolar a Ana.

Carlos: Ándale, no ofendas tu inteligencia.

Ana: Déjame, ¡maldito!. Me haces esto por celos, porque viste que Bob es guapisisísimo.

Carlos: No, no lo hice por eso. Lo hice porque me frustraste mi ratito de sexo con la vecina.

Ana: Eso no es sexo, Carlos, ¡entiéndelo! Además sentí algo distinto con él, se trataba de amor, de compañía, de una vida juntos para siempre, te lo juro, es como si lo conociera desde siempre.

(Rompe a llorar de nuevo) ¡He perdido al amor de mi vida!

Carlos: Confundes, amiga. Te perdiste de un acostón, el amor no lo vas a encontrar en un tipo de esos que levantas en los antros. Si ni siquiera los vuelves a ver, ¿cómo vas a llegar a amarlos?

Ana: Tienes razón, *(vuelve a estallar en lágrimas)* nunca me llaman y yo los trato de lo más bien y hasta les llevo su desayuno a la cama para que vean que además de buena amante soy una mujer como las de antes.

Carlos la consuela pero no puede evitar hacer un gesto de hartazgo ante la actitud de Ana.

Oscuro.

Ahora estamos en una calle de la colonia Condesa. Karina se asoma a la puerta de su local de trabajo, se trata del consultorio de una “bruja blanca”, en una vitrina tiene a la vista lociones, pirámides y libros. Frente a su local pasa Ana, quien se detiene por unos segundos y mira de reojo a Karina y su negocio. Karina le sonríe y la invita a pasar con sus gestos.

Karina: No es cosa más propia del que ama que la impaciencia. Toda tardanza les es tormento. Ninguna dilación les agrada. En un momento querrían poner en efecto sus cogitaciones. Antes las querrían ver concluidas que empezadas. Mayormente estos amantes que contra cualquier señuelo vuelan sin deliberación, sin pensar el daño que el cebo de su deseo trae mezclado en su ejercicio...

Ana rechaza la invitación negando con la cabeza y se aleja a toda prisa

Karina: Pocas vírgenes hay en esta ciudad que hayan abierto tienda a vender de quien yo no haya sido corredora de su primer hilado. ¿Hábíame de mantener del viento? ¿Heredé otra herencia? ¿Tengo otra casa o viña? ¿Conóceseme otra hacienda de este oficio? ¿De qué como y bebo? ¿De qué visto y calzo? En esta ciudad nacida, en ella criada, manteniendo honra, como todo el mundo sabe, ¿conocida, pues, no soy? Quien no supiere mi nombre y mi casa, tenedle por extranjero.¹

Karina saca un cigarro y se lo fuma, en su actitud hay más de prostituta que de hechicera.

Oscuro.

Ana se encuentra sentada en un lujoso diván en el consultorio del Dr. Alejandro Méndez. A espaldas de ella está el sofá, vacío, en el que debiera estar el analista.

¹ Adaptado de *La Celestina* de Fernando de Rojas. Edición de Espasa Calpe mexicana, 1941

Ana: Estoy harta de la vida, Alejandro. ¡De verdad! La gente ya no tiene capacidad de compromiso y hay una... como apatía ante la existencia. Lo peor de todo es que no puedo echarle la culpa a nadie. ¿A Dios? No, tengo demasiados problemas con mi papá para además también estar peleada con Dios. ¿Por qué, Alejandro? ¿Por qué el mundo se convirtió en este desmadre?... Ya te debo tener cansada con el mismo discurso, pero, de verdad, yo creo que las cosas estaban mejor antes. Había una estructura y la gente amaba porque había espacio para el amor. ¿Te das cuenta? Nos quitaron el amor, nos dijeron que tener una pareja fija era anticuado y lo peor de todo es que nos lo creímos. La culpa de todo esto, es de ustedes, de los de tu generación, porque cuando yo nací ya habían tirado por el caño todo el orden que la naturaleza había tardado siglos en componer. ¿No te sientes un poquito culpable?

Ana espera la respuesta de Alejandro, hay un breve silencio, después se ve a Alejandro entrar con una bolsa de papas fritas en la mano, se sienta cuidando de no hacer ruido, coloca la bolsa de papas en el suelo y adopta posición de quien ha estado escuchando.

Ana: ¿Me das?

Alejandro.

Sí, sigue, sigue, te estoy escuchando.

Ana: No mientas, Alejandro, y cuando menos ten la decencia de invitarme de tus papas.

Alejandro se pone de pie y le lleva papas a Ana.

Ana: ¿Por qué sigo viniendo contigo? ¿No me bastará con los cuatro años de análisis que ya he tenido?

Alejandro: Ana, de verdad te estaba escuchando, es más, si quieres puedo repetir lo que dijiste palabra por palabra. Pero eso no es lo importante, ahora me gustaría saber por qué te afectó tanto darte cuenta que yo no estaba aquí. ¿A qué te remite esta especie de abandono?

Ana: Ay, no jodas, ese tema ya está muy gastado. ¿Sabes qué? También estoy harta de pasarme horas hurgando en mis sueños y en mi inconsciente para al final no tener nada en claro. ¿Por qué no nos emborrachamos juntos? Tal vez eso nos ayude a los dos.

Alejandro: Sabes que no puedo. No es ético.

Ana: ¿Pero sí quisieras?

Alejandro: Ana, ¿a qué se debe este estallido?

Ana: *(Breve silencio)* Me ligué a un tipo, en un bar. Guapísimo él, no sabes, un verdadero dios y, no sé, sentí algo diferente, especial. Hablamos bastante, me dijo que su mamá es gringa y que su papá era mexicano y que había venido a México a buscarlo, pero no lo ha encontrado. *(Pausa)* Estoy enamorada de él, Alejandro, estoy enamorada como una estúpida y... ni siquiera nos acostamos porque Carlos jodió todo el asunto. En fin, de todos modos ya sé que mis ideas de parecen estúpidas, como a todos, que mi manera de concebir el amor no tiene nada que ver con la realidad. Que eso de tener un hogar y darle de comer a mi hombre es algo absurdo. *(Se pone de pie furiosa y toma sus pertenencias para irse)* Así que no digas más, ni siquiera sé para qué te lo conté. Lo único que estoy haciendo es dejarte en claro que no tengo solución y que de nada sirve que me analices porque no cambio, no cambio Alejandro, lo sé. ¿Pero qué quieres que haga? Soy una anticuada, una idiota... *(Transición)* Hoy voy a comer con mi papá y no tengo nadita de ganas de verlo.

Ana se pone de pie, toma su bolso y sale del consultorio. Alejandro se queda sentado mirando hacia la puerta. Ana vuelve a entrar.

Ana: La próxima sesión te pago la consulta de hoy, ¿eh?

Alejandro asiente. Ana se va. Alejandro toma sus papas fritas y sigue comiendo. Mira el reloj, saca de un cajón un frasco de pastillas y un aparato electrónico para medirse la presión sanguínea. Toma las pastillas y después se mide la presión.

Oscuro.

Carlos se encuentra sentado frente a su computadora. Al fondo del escenario se proyecta la imagen del monitor de la computadora y un pequeño recuadro en el que se ve a una mujer vestida de manera muy sexy en un sitio azotado por una tormenta de nieve. Carlos repite lo que teclea, tanto su parlamento como el de la mujer con quien conversa se pueden leer en la pantalla. Se escucha una grabación con la voz de la mujer.

Carlos: ¿Dónde vives?

Love4u: En Suecia, pero soy Colombiana.

Carlos:

Debes estar sufriendo mucho allá con ese clima tan terrible.

Love4u: Sí, y además no hay un hombre para consolarme.

Carlos: Yo te voy a consolar. Love4u. ¿Me dejarías tomarte?

Love4u: Por supuesto, eso es lo que estoy deseando.

Carlos: *(Grita)* ¡Uy! ¡Ya te tengo colombianita! Caíste en las manos de Carlos Rodríguez, el don Juan del ciberespacio.

Carlos: Quiere que te quites la ropa poco a poco.

Carlos acerca una cajita de pañuelos desechables y un frasco de vaselina. Se abre la puerta, entra Ana, quien al ver a Carlos se pone todavía más furiosa.

Ana: ¿No habíamos quedado en que ibas a quitar la computadora de la sala?

Carlos: No he tenido tiempo de hacerlo, además aquí queda cerca la línea del teléfono.

Ana: ¿Ya tienes lo de la renta?

Carlos: Ana, por favor, no te vengas a desquitar conmigo, además estoy ocupado, acabo de conocer a una Colombiana que vive en Suecia y que quiere todo conmigo.

Ana: ¡Eres un imbécil! No sé cómo se me ocurrió aceptar que compartiéramos el departamento.

Carlos: ¿Todavía no me perdonas lo de Bob Ramírez?

Ana abre su bolso y de éste, saca una pistola, se la muestra a Carlos quien se asusta al verla.

Carlos: Oye, pero no es para tanto.

Ana: *(Refiriéndose a la pistola)* ¿Qué te parece? Es el último regalito de mi papá, me lo acaba de dar. No hace falta ser psicoanalista para saber lo que significa.

Carlos: ¿Para qué te dio eso?

Ana: Según él para que la tenga en la casa por si algo ocurre. Necesito defenderme, tú sabes, soy mujer.

Carlos: ¿Y según tú?

Ana: ¿Es su pito, no?

Carlos levanta los hombros en señal de que no lo sabe.

Carlos: Es una pistola, ¿no?

Ana: ¿Y ustedes no le dice a veces pistola a sus pitos?

Carlos: Sí, pero también pájaro. Te pudo haber regalado un canario. O una gallinita por aquello de la polla.

Ana: Tú no entiendes nada de nada. *(Como lanzándole una maldición)* El día que de verdad conozcas el amor, el mundo se te va avenir encima.

Ana guarda la pistola en un cajón de un mueble de la sala, después se va a su recámara. Carlos hace un gesto de que no le importa y sigue tecleando.

Oscuro.

Alejandro pasa frente al negocio de Karina. Viene del supermercado, en una mano lleva una bolsa con víveres. Mira el sitio con curiosidad, Karina, repara en él y le manda un beso y después ríe obscenamente.

Alejandro: Mayor es la llama que dura ochenta años que la que en un día pasa, y mayor la que mata un ánima de la que quema cien mil cuerpos. Como de la apariencia a la existencia como de lo vivo a lo pintado, como de la sombra a lo real. Por cierto, si el purgatorio es tal, más querría que mi espíritu fuese con los de los brutos animales, que por medio de aquel ir a la gloria de los santos.²

Oscuro.

Bob se encuentra cerca de la puerta frente a Ana. Carlos ha dejado su computadora por un momento. Hay un ambiente de incomodidad. Ninguno sabe qué decir.

Ana: Bueno, este, pero pasa, ¿por qué no te sientas? ¿Quieres tomar algo?

Bob se sienta, Ana va a la cocina. Bob mira fijamente a Carlos.

Carlos: Y, ¿a qué debemos el honor de tu visita, Bob Ramírez?

Bob: Es que... me sentí muy avergonzado por haberme ido así la otra noche. Deben haber pensado que estaba loco.

Carlos: ¡No!

Bob: *(A Carlos)* Pues sí, si lo estoy, a veces me agarra la paranoia y me da por huir. Sólo que... tu amiga me cae muy bien y tus ideas me parecieron bastante interesantes.

Carlos sonríe satisfecho. Ana entra con un vaso de refresco, después de dárselo a Bob comienza a escudriñar su ropa, descubre que anda en fachas.

Ana: Perdón, voy a tener que dejarlos solos un rato.

Carlos: No te preocupes, yo te lo atiendo.

Ana entra a la recámara. Carlos adopta pose de interesante.

Carlos: ¿Me decías?

² Adaptado de La Celestina.

Bob: Yo también creo como tú que la manera de relacionarnos está cambiando y de hecho estoy muy metido en eso de la tecnología y en cómo nos afecta.

Carlos: Una de las cosas buenas es que ya no tenemos que temer a las ladillas, trycomonas y demás bichos genitales.

Bob: No. Bueno, sí pero también cambia el amor. ¿Tú no te sientes confundido a veces?

Carlos: Pues sí, querido Bob, pero estoy también estoy convencido de que los seres humanos no encontramos sumidos en una revolución sexual de la que nacerá una nueva civilización, en la que el sexo ya no va a ser lo que ha sido por siglos. Tenemos que eliminar el contacto físico, liberarnos de la atadura material y acceder a un nuevo estadio en el que el sexo sea sobre todo una actividad intelectual.

Bob: A mí lo físico me sigue gustando.

Carlos: Eso está bien, pero debes acostumbrarte a que el placer te lo da tu cuerpo y no el de la otra persona.

Entra Ana, viene arreglada de un modo sencillo que la hace ver muy bella. Bob la mira y sonríe.

Bob: Discúlpame por lo de la otra noche, ¿sí?

Ana: Olvídalo.

Ana lo toma de la mano y lo lleva al sofá.

Bob: Lo que te dije esa vez es verdad, me gustas muchísimo y bueno... no sé a dónde va todo esto pero tenía que verte de nuevo.

Ana mira de reojo a Carlos quien finge estar muy ocupado con su computadora.

Ana: Yo la verdad estaba muy sacada de onda porque estábamos platicando tan a gusto. Recuerdo que me quedé con las ganas de decirte que para mí, la figura de mi padre también ha tenido un gran peso en mi vida. Tengo la impresión de que está, ahora mismo, aquí.

Bob: Yo siento lo mismo, siento como que mi papá está cerca de mí, aunque jamás lo he visto. He hecho muchísimas cosas en la vida por él y para él.

Ana: ¿Como que te mira todo el tiempo y sabe qué haces y te regaña cuando no te portas bien?

Bob: ¡Exacto! Y conoce todos tus secretos.

Ana: Yo he hecho cosas terribles nada más por llamar su atención. Para que se enoje o sienta algo que yo le provoqué.

Bob: Si yo te contara en las que me he metido para que papá sienta cuando menos un poquitito de culpa por haberme abandonado. Claro, él ni se entera ni se enterará.

Ana: ¿Tú también te sientes abandonado? ¡Qué buena onda, yo siento exactamente igual!

Bob: Bueno, pero yo sí fui abandonado, Ana, es lógico.

Ana: También se puede abandonar a alguien estando presente. A mi papá sólo le intereso porque a través de mí se va a preservar su sangre, nada más.

Bob: ¿No lo estarás juzgando mal? Yo he creído siempre que Rose me alejó de él para castigarlo o algo así.

Ana: ¿Quién es Rose?

Bob: Mi madre.

Ana: ¡Qué loco! Yo quisiera tener el valor de decirle a mi padre: Martín, pero no puedo, le tengo un respeto que el maldito ni se merece. ¿Y cómo te lo imaginas?

Bob: Moreno, de personalidad fuerte, un poco como Emiliano Zapata, nada más que sin bigote.

Ana: Como mi papá.

Bob: ... alto y un poco robusto por la edad...

Ana: Mi papá es muy delgado y no tan alto.

Bob: ... y debe dedicarse a algo como dar clases en una universidad... pero hay tantos José Ramírez en este país que te imaginarás que encontrarlo es imposible.

Ana: ¿Y de verdad lo buscaste?

Bob: Sí, llamé a todos los José Ramírez que encontré en el directorio telefónico y hasta contraté una compañía de esas que se dedican a buscar gente extraviada.

Ana: Yo también tuve mucha necesidad de hablar con mi papá durante un tiempo. Pasaba por su oficina con cualquier pretexto y trataba de llamar su atención participando en todos los festivales de la escuela.

Bob: Yo entré a una agencia de modelos en Los Angeles con la esperanza de que me viera algún día en una revista y me reconocieras. Por eso no me cambié el apellido.

Ana: ¡Ah, entonces también eres modelo!

Bob: No, ya no. Ahora... trabajo en lo de las computadoras.

Ana: ¿Sabes qué, Bob? Tengo la impresión de que tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. ¡Tenemos tanto en común!

A espaldas de ellos Carlos reacciona haciendo un gesto de burla.

Bob: Yo también siento eso, y sobre todo me gustas mucho.

Ana: Y tú a mí.

Bob se acerca y le da un beso, se besan apasionadamente. Carlos, por molestar tecllea con más fuerza de lo normal. Ana voltea a verlo y reprueba su actitud con la mirada.

Ana: Deberíamos salir a tomar un café. ¿No crees?

Bob: Sí, como quieras.

Se ponen de pie y se disponen a salir. Ana ignora a

Carlos. Bob se deja llevar por ella.

Carlos: Sí, nos vemos al rato, adiós.

Bob le hace un gesto a Carlos de que lo llevan por la fuerza.

Salen.

Oscuro.

Alejandro pasa frente al negocio de Karina y mira hacia el sitio con curiosidad, entra y mira los productos que se encuentran en exhibición, Karina se le acerca de inmediato.

Karina: Hola, papi. ¿Problemas de amores?

Alejandro: Nada más estaba curioseando.

Karina: No hay peor enfermo que el que no se quiere curar.

Alejandro: Yo no estoy enfermo, bueno sí, pero de la presión y eso lo tengo controlado.

Karina: Yo no hablo de esas enfermedades, sino de las del corazón.

Alejandro: Gracias.

Karina: Como quieras, aquí estoy para servirte... Estás muy papucho, no tendrías por qué tener esa cara de abandonado.

Alejandro: Mil gracias.

Alejandro sale del lugar con una actitud de quien huye.

Oscuro.

Ana y Bob están en una cafetería. Están en silencio pero juegan constantemente el uno con el otro. Ríen por cualquier cosa y se besan una y otra vez.

Ana: ¿Qué es lo que más deseas en la vida?

Bob: ¿Ahora?

Ana: ¡Cómo! Así de cambiante eres.

Bob: Sí. Ahora mismo lo que más deseo es una crepa con cajeta y trocitos de nuez. Y después uno de tus besos.

Ana: ¡Qué tonto eres! Se supone que deberías tener ideales, metas, *goals* como dicen en tu pueblo.

¿Cómo dices que se llama?

Bob: Covina, California, pero no confundirlo, porque también a West Covina.

Ana: Ah, entonces tú vienes de Covina la original.

Bob: Así es.

Ana: Y cuéntame, cuáles eran tus pasatiempos en esa bella ciudad.

Bob: Nada especial, los domingos mi mamá me llevaba con ella al *Mall*, que se llama *West Covina Fashion Plaza*, y me compraba helados enormes repletos de crema batida encima y muchos choco chips.

Ana: ¡Dios mío! ¡Qué vida tan interesante! Eso significa que todas las células de tu cuerpo crecieron alimentadas por *fast food*.

Bob: Sí. Muchos *hot dogs* y muchas pero muchas malteadas de galletas de chocolate de las que venden en *Jack in the Box*. Siento desilusionarte, pero no tuve una abuela que me contara historias de mis antepasados ni tampoco vi a mi país convulsionarse por estallidos sociales. Desgraciadamente a don *Walt Disney* no se le ocurrió inventar a Chiapas y sus levantamientos armados, en nuestras manos hubiera sido un gran negocio.

Ana hace un gesto de descontento.

Ana: No le veo la gracia. Y ni siquiera es irónico lo que dijiste.

Silencio tenso.

Bob: Era una broma.

Ana: Pues me ofendiste. ¿Crees que voy a soportar tus comentarios racistas? ¿Crees que tú y tu gente son superiores simplemente porque tienen más dinero?

Bob: Yo nunca quise decir eso.

Ana: ¿Cuál es el problema? ¡Tú también crees como Bush que tu país es el centro del universo y que eres libre y que tu destino es conducir al mundo por el buen camino!

Bob: Sabes que no pienso eso.

Ana: Sí lo piensas, pero estás muy, pero muy equivocado.

Bob queda sorprendido ante la reacción de Ana. Se queda por un largo rato en silencio sin saber qué decir.

Bob: *(Levantándose)* Le voy a poner más choco chips a mi café.

Mientras él le pone choco chips al café Ana lo contempla por detrás. Bob regresa y enfoca su mirada lejos de la de Ana, quien sigue observando su cuerpo. Ana le toca la mano, él reacciona y se deja llevar por las caricias de ella, que lo atrae para besarlo.

Ana: ¡No habrás creído que me enojé de verdad!

Bob: *(Sabe que sí)* No, claro que no.

Ana: A mí no me importa lo que pienses. *(Lo vuelve a besar)* Por mí puedes ser de derecha como mi papá, y ya ves, de todos modos lo quiero.

Bob la besa apasionadamente. Se pone de pie y la invita a que se vayan de ese sitio.

Mientras ellos cambian de escena, Carlos se masturba frente a su computadora.

Ana entra al departamento de Bob, en el que hay una computadora muy moderna y equipada con cuatro cámaras e iluminación. Ana ve de reojo la computadora, se deja llevar por Bob hasta el cuarto. Se dejan caer sobre la cama y comienzan a hacer el amor.

Oscuro.

Alejandro está sentado en una mesa frente a Karina, quien ya ha comenzado a leerle las cartas.

Karina: Aquí hay una mujer rubia que estuvo muy enamorada de ti, la rechazaste. Sufre y todavía piensa en ti, pero no volverá contigo. ¿Eres hijo único, verdad?

Alejandro: Sí.

Karina: Y tus padres fallecieron no hace mucho. ¿Pero qué estás haciendo con tu vida papacito? ¿Por qué rechazas el amor una y otra vez? Mira, soledad, soledad y más soledad. ¿Es que no estás cansado de hacerte la paja nada más? ¿No se te antoja alguna vez tener una mujer de verdad?

Alejandro: No entiendo.

Karina: Y además te haces pendejo, tú sí que no tienes remedio. ¿Entonces para qué viniste?

Alejandro se incomoda, intenta ponerse de pie. Karina lo toma del brazo y lo obliga a permanecer sentado.

Karina: No, no. Tampoco te me asustes. Mira, ¿cómo me dijiste que te llamas?

Alejandro: Alejandro.

Karina: Mira, Alejandro. Se te sale por los poros de la piel la angustia, el desasosiego, las ganas de mujer. Y no me lo tomes a mal, a veces uno necesita que le digan las cosas así a grito pelado. Te voy a dar un consejo: ya no le sigas corriendo al amor. (*Señala una carta*) Mira, aquí está otra vez, ahora se trata de una mujer joven, y aquí estás tú, negándote a ti mismo el amor.

Alejandro: ¿Amor? ¿De qué clase de amor estoy huyendo según esto?

Karina: Del único que hay, del amor que nos da placer y dolor y todo lo que vale la pena en este valle de lágrimas.

Alejandro: Perdóneme, pero yo soy psicoanalista y creo que usted está tomando las cosas de un modo muy superficial, no es tan fácil explicar el amor.

Karina: ¿Tú me vas a venir a dar sermones sobre el amor? ¿Tú, que llevas años sin coger? Perdóname, pero no, serás muy *sicoloquesea*, pero no te has metido ni a la décima parte de las camas que yo me he metido, ni tampoco has sentido encima de ti los cuerpos que yo he sentido.

Alejandro: Eso es sexo.

Karina: ¡Eso es amor! Aunque los puritanos como tú lo quieran rebajar. Coger, culear, follar y pisar no son más que las palabras con que los *biencogidos* le decimos al amor de cariño.

Alejandro se pone de pie. Karina desliza la mano entre sus piernas y le toca las nalgas. Después lo mira a la cara.

Alejandro: ¿Cómo dices que llaman a este mi dolor, que así se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

Karina: Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una delectable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

Alejandro: Ay de mí. Que si fuese verdadera tu relación sería dudosa mi salud.

Karina: (*Cariñosa*) No desperdicies tu leche dejándola pudrirse ahí adentro, busca a alguna que te guste y yo te la trabajo.

Alejandro se separa de ella.

Karina: ¿Ves cómo tengo razón? Conmigo no funcionaría porque no me amas, para que tú y yo nos fuéramos a la cama hace falta algo más, eso a lo que le tienes miedo y que yo digo que se llama amor. Son doscientos pesos. Y si quieres que te haga un trabajo para que esa que te busca se anime de una, vez tráeme una prenda de ella.

Alejandro saca un billete y lo pone sobre la mesa.

Oscuro.

Ana pone la mesa en su casa, hay velas, servilletas que combinan con el mantel y flores. Entra y sale de la cocina llevando platos y vasos. Prepara de cenar. Carlos y Bob se encuentran frente a la computadora.

Carlos: Tengo conexión súper veloz inalámbrica, pentium turbo, quemadora, y esto que ves aquí es una cámara con altísima definición para video conferencias.

Ana pasa y alcanza a escuchar lo que dijo Carlos.

Ana: Deberías de ver la de Bob, tiene cuatro cámaras, y un monitor enorme.

Ana sigue su camino hacia la cocina.

Carlos: ¿Y para qué quieres cuatro cámaras?

Bob: Pues... para ... ni sé. Ya sabes que compras una computadora y viene con un montón de cosas que nunca utilizas.

Carlos: Eso sí, ya ves que a veces le meten una cantidad de software chatarra que lo único que hace es ocupar espacio. Y ahora, lo mejor de todo, te voy a mostrar unas páginas web buenísimas. No sabes, para mí el Internet es el invento del siglo.

Bob: Para mí no es más que una herramienta de trabajo.

Carlos: ¡Qué te pasa! ¡Es una chingonería! Vas a cambiar de opinión cuando veas esto: mira, una página dedicada nada más a mujeres gordas, las gordas más sexys que jamás hayas visto.

Bob: Eso lo encuentras en cualquier revista porno, ya hasta hacen películas.

Carlos: ¿Y qué me dices de esta, eh? Una para los que les gustan, los y las amputadas.

Ana sale de la cocina y escucha a Carlos.

Ana: ¿Amputados?

Carlos: Sí, hay gente para todo, nada más que antes del Internet no lo sabíamos. Es, el mejor ejemplo de lo que la democracia debe ser, todos tenemos acceso a todo.

Bob: Yo estoy harto de las computadoras, aunque a veces, cuando no tengo que hacer lo primero que se me ocurre es meterme a un chat-room.

Carlos: A mí lo que más me gusta son las comunidades con *Webcam*. Es maravilloso espiar a la gente. Ahí conocí a la mujer más bella que te puedas imaginar, se llama *Lobforyu*, vive en Suecia y tiene unas tetas enormes como melones, no sabes, hemos tenido sexo de primera.

Ana sale de la cocina con un tazón de ensalada y escucha lo que dice Carlos.

Ana: ¡Ya, Carlos! Es de mal gusto que hables así de una mujer.

Carlos:

¡Uy! Ya vamos a empezar. Qué hay de malo en hablar de mis amores con *Loveforyou*, tú te pasas el día hablando de ti y de Bob.

Ana: ¡No te das cuenta Carlos! Le está siguiendo el juego a un mundo inventado por el pesamiento eurocentrista, en el que nada que sea diferente cabe, y si se le da cabida es como raro, exótico, hay que ponerle un alto a todo eso. *(Mira a Carlos con lástima)* No, no te das cuenta. *(A Bob)* Amor, por favor pasa a la mesa.

Carlos: ¿Y yo? ¿Puedo comer aunque sea un seguidor del eurocentrismo?

Ana: Sí.

Se sientan a la mesa, Ana le sirve a Bob, le coloca la servilleta en las piernas y le da un beso.

Ana: Espero que te guste, todo es sanísimo, nada de grasa y muchas verduras.

Carlos reprime una risa burlona. Ana lo mira disgustada.

Carlos: Ana, por una sola vez, dime, qué hay de malo en mi manera de amar. Mira, lo que tú haces con Bob no es normal, pero yo no me enojo.

Ana: No compares, por favor. Lo tuyo no es más que una manera de evadir una relación de verdad. Y si quieres que sea más clara te lo diré: eres un acomplejado, que le tiene miedo a enfrentarse en la vida real a una mujer que te demande sentimientos, cariño, caricias, en una palabra: amor.

Bob intercambia miradas con Carlos, después se encuentra con la mirada de Ana, misma que rehuye.

Ana: Ah, Bob, mañana voy a ir a súper ¿quieres que te lleve algunas cosas? Vi que tienes el refrigerador vacío.

Bob: No, la verdad que no.

Ana: Quiero hacerlo. No me cuesta ningún trabajo.

Bob: Bueno, si quieres. Pero no voy a estar en casa.

Ana: Déjame las llaves y yo entro y pongo las cosas en su lugar y te espero. ¿No tienes duplicado de tus llaves?

Carlos trata de decirle con la mirada a Bob que no acepte. Ana mira a Bob de un modo encantador; lo convence con su mirada. Bob toma sus llaves, saca una y se la entrega a Ana.

Bob: Toma. La puerta del edificio está siempre abierta. ¿Ahora si podemos comer? Todo se ve riquísimo.

Comienzan a comer en silencio, Ana le sonríe constantemente a Bob, lo acaricia amorosamente y está pendiente de servirle agua cuando ve que toma un par de tragos. Carlos los observa con un gesto de mofa.

Oscuro.

Alejandro se encuentra en su consultorio. Está nervioso, mira su reloj de pulso, se lo acerca al oído para asegurarse de que está trabajando. Abre un cajón y saca su baumanómetro, se levanta la manga de la camisa para tomarse la presión. De pronto suena el timbre de la puerta. Guarda todo

rápidamente y va a abrir. Entra Ana, quien sin siquiera mirarlo va directamente a sentarse al diván.

Ana: Estoy enamorada, y esta vez estoy segura de que he encontrado al amor de mi vida. Es el tipo del bar, el que te conté la vez pasada. Volvió y todo ha sido de lo más imprevisto, está muy interesado en mí y me escucha y se interesa en mis rollos y... estoy enamorada, Alejandro. ¿Qué más te puedo decir?

Ana voltea a ver a Alejandro quien se ve más nervioso que nunca y cambia constantemente de posición.

Ana: No me veas así. Ve por tus papas, anda, no me gusta verte angustiado.

Alejandro se pone de pie y sale. Ana se quita una pañoleta que lleva en el cuello y comienza a jugar con ella. Alejandro vuelve con una bolsa de papas fritas. Ana vuelve a sentarse en el diván.

Ana: Tengo miedo, Alejandro.

Alejandro: ¿Miedo?

Ana: Sí, miedo de que no resulte mi relación con Bob, es que... no sabes, es lo que siempre he soñado, cumple con todas mis exigencias y es de lo más lindo conmigo. Alejandro, es más, ya hasta me dio la llave de su departamento, ¡más claro no puede estar! ¿crees que está bien que le diga lo que siento?

Alejandro: ¿No se lo has dicho todavía?

Ana: No de manera directa, pero por supuesto que él ya debe haber notado que quiero algo más con él.

Alejandro: Ana, ¿por qué sigues viniendo conmigo?

Ana: ¿Estábamos hablando de mí, no?

Alejandro: Sabes que eres la única paciente que tengo. Mira, Ana, no puedo ni con mis propios problemas, ¿Cómo quieres que te ayude con los tuyos?

Ana: ¡Claro que puedes ayudarme! Tú me hiciste ver que mis conflictos eran con mi papá y no con mi mamá como yo creía al principio. ¿O no?

Alejandro: Sí, pero...

Ana: Soy otra gracias a ti, Alejandro.

Alejandro: Yo creo que te ayudé en una etapa muy específica, pero ahora deberías ver a alguien más.

Ana: No necesito ver a alguien más.

Alejandro se pone de pie nerviosamente, va a su escritorio y saca unas pastillas, se las toma. Ana lo mira, espera pacientemente y cuando lo ve tranquilo vuelve a recostarse en el diván.

Ana: Bueno, pues seguimos... te decía que tengo miedo de que Bob se vaya. Es tan irracional lo que siento, que a veces despierto con la sensación de que ya no va a estar en el mundo. Se me imagina que alguien muy malo, pero muy malo lo va a desaparecer simplemente para hacerme la mal-dad...

La voz de Ana se hace inaudible.

Oscuro.

Se ilumina el área del departamento de Bob. Vemos a Bob desnudo frente a su computadora, se toca eróticamente y acerca cuerpo a una de las cámaras, de vez en vez teclea algo en la computadora. Alguien llama a la puerta insistentemente, él sigue con su espectáculo aunque está consciente de que alguien toca, de pronto respira aliviado cierra el programa de la computadora, se pone una bata y va a abrir la puerta. Entra Carlos.

Carlos:

Tengo media hora tocando.

Bob: Sí, te escuché, pero estaba en el baño.

Carlos: ¿En el baño?

Carlos entra al departamento y de inmediato va hacia el área de la computadora, mira una botella de lubricante y un “dildo” que Bob ha dejado al lado del aparato.

Carlos: ¡Órale! ¡A ti también te gusta el sexo cibernético! ¡Qué buena onda!

Bob le quita sus implementos de trabajo y los guarda en un cajón.

Bob: Pues, sí, un poco.

Carlos: Pero, ¿para qué quieres el consolador? ¡Eres gay!

Bob: No, no soy gay. Deja de hacer preguntas por un momento, ahora te explico, ¿quieres tomar algo?

Carlos: Sí, una coca light.

Bob va al refrigerador y saca un refresco de lata para él y otro para Carlos.

Bob: Carlos, ya no sé que hacer con Ana.

Carlos: Me lo imaginé. No te preocupes, no eres el primero que sale corriendo. Así les hace a todos, los ahoga...

Carlos abre el refrigerador y le muestra a Bob que está lleno de víveres.

Carlos: ...los colma de atenciones para después comérselos como una viuda negra.

Bob: La verdad es que me gusta, es la chava más linda y maravillosa que he conocido pero...

Carlos: ¿Pero qué?

Bob: No soy quien ella cree.

Carlos mira la computadora sospechosamente.

Bob: Hago *shows* por computadora. De eso vivo.

Carlos se pone de pie e inspecciona la cámara.

Carlos: ¡Uta! Estás súper equipadísimo. ¿Pero, cómo es la onda, a ver, explícame?

Bob: Yo trabajo para una empresa que vende sexo en vivo por Internet. Están en Amsterdam, yo mando la imagen desde aquí y ellos la retransmiten en vivo. Trabajo unos tres o cuatro días a la semana y... me pagan muy, muy bien.

Bob toma una botella de agua y después saca una pastilla de un frasquito. Carlos lo mira suspicaz.

Bob le ofrece una pastilla, él la acepta.

Bob: Una pastita.

Carlos: Gracias. *(Le da un par de tragos a la botella de agua)* ¡Pero si es el trabajo que yo siempre he soñado tener! ¡No sabes qué envidia te tengo! ¿Y cuánto te pagan?

Bob: Ochocientos dólares por turno de cinco horas.

Carlos hace cuantas mentalmente.

Carlos: Tres o cuatro turnos a la semana... ¡Qué lanísima! ¡Tú tienes que conseguirme trabajo con ellos, de veras! Yo ando sin dinero desde hace casi un año y estoy en las últimas.

Bob: Ana se va a morir cuando se entere de lo que hago. Y no voy a dejar este trabajo porque en ningún otro sitio me van a pagar tanto por tan poco tiempo

Carlos: Debe ser riquísimo estar todo el tiempo haciéndote la puñeta y... ¿lo haces con hombres o mujeres?

Bob: Es para un sitio gay.

Carlos: No, a eso si no le entro.

Bob: ¡Pero qué importancia tiene! Nadie me toca, por mí pueden ser elefantes los que estén del otro lado de la computadora.

Carlos: ¿Y el consolador?

Bob: Lo tocas un poquito y jugueteas con él y ya. No hago nada que no quiera.

Carlos toca el "dildo" y juguetea con él por unos segundos.

Carlos: ¿Crees que me contraten? Al fin que ya tengo todo el equipo.

Bob: Sé que están buscando gente con urgencia, pero para shows en pareja, el mercado está creciendo mucho.

Carlos: ¿En pareja?

Bob: Es lo mismo. Te buscas un amigo con el que tengas confianza y ya. ¿Te interesa?

Carlos: Sí, mucho.

Bob: ¿Y crees poder conseguir a alguien para hacer el show? ¡Claro que sí! Debes tener algún amigo gay que quiera ganarse una lana.

Carlos: No faltará quien quiera entrarle al asunto.

Bob: No quiero que me vayas a dejar mal.

Carlos: Es en serio. Necesito dinero. No tengo ni un peso y no sé hacer otra cosa que navegar por Internet.

Bob: *Ok*, dalo por hecho. Seguramente tendrás que empezar cuanto antes. Ahora vamos a hablar de asunto para el que te pedí que vinieras: Ana.

Carlos: Mi tema preferido.

Oscuro.

Ana hace un cheque para Alejandro, deja el cheque sobre el escritorio y se dispone a despedirse, ha dejado la pañoleta olvidada sobre el diván.

Ana: Mi papá me va a enloquecer, Alejandro. Lo único relacionado con él que no me desagrada, es esta chequera. Cada vez que hago un cheque siento que me vengo de él. En fin, ya parezco disco rayado. Oye, ¿no me habrá dado la pistola como para insinuarme que debo volarme la cabeza. (*Se queda pensativa*) Nos vemos la próxima.

Alejandro se percata de que Ana dejó la pañoleta pero no hace el intento de decírselo. Cuando Ana ha salido va al diván y toma la pañoleta. La guarda nerviosamente en un cajón.

Oscuro.

Carlos: No te claves con Ana, sé que es una chava fuera de serie, pero tiene muchas telarañas en la cabeza.

Bob: ¿Sabes cuál es su problema? Que es mexicana y, discúlpame que te lo diga así de directo, pero, a ustedes los mexicanos les gusta sufrir, tienen madera de mártires. Nada puede estar bien, nada

puede ser simplemente lo que es, no, tiene que ser algo más y eso algo más está ahí, única y exclusivamente para joderme, para chingarme, ¿por qué? ¡Pues porque soy mexicano!

Carlos: Chance, pero. ¡Es que tú no sabes lo que es ser mexicano!

Bob: ¡Pero qué diferencia hay entre ser mexicano o chino o tailandés!

Carlos: Pues, mira, la mera verdad no te lo puedo decir, pero, sí la hay. Aunque eso no quiere decir que yo esté de acuerdo con lo azotada que es Ana.

Bob: ¿Qué crees que haría si se entera de mi trabajo?

Carlos: Lo menos, colgarte de los huevos. ¡No la has escuchado hablar! No puede decir dos frases sin soltar ideas contra la mentalidad reinante y el colonialismo cultural y esas mamadas.

Bob: ¿Pero qué no lo hace nada más por adornarse? ¿Por jugar a que es un ser pensante?

Carlos: Para mí también es un misterio. Oye, me dejas checar a mi novia.

Bob: ¿Checar a tu novia?

Carlos: A Love4yu, la del Internet.

Carlos enciende la computadora. Tecllea y entra al Internet. Aparece la imagen de Love4yu proyectada en un telón o pantalla, se encuentra sentada tecleando frente a su computadora.

Carlos: Mira, esto es una relación perfecta

Bob: Está guapa.

Carlos se queda embebido viendo la pantalla.

Bob: ¿Estás seguro de que no lo entendería?

Carlos: Yo no me arriesgaría.

Carlos mira la pantalla y suspira.

Carlos: ¡Qué mujer! ¡Qué mujer!

Oscuro.

Ana se encuentra sentada frente a Karina.

Ana: Mi mal es de corazón, la izquierda teta es su aposento : tiende sus rayos a todas partes. Que no pensé jamás que podía privar el seso como éste hace. Túrbame la cara, quítame el comer, no puedo dormir.³

Karina le echa la baraja española.

Karina: ¿Sigues teniendo problemas con tu papá?

Ana: No, bueno, ya no tantos como antes. ¿Cómo puedes saber eso?

Karina: Está aquí, en las cartas. No te preocupes, parece que conoció a una mujer y está muy tranquilo, no se va a meter más en tu vida. Eres una romántica empedernida. ¿Libra, verdad?

Ana: Sí.

Karina: Aquí aparece un hombre con el que estuviste ligada sentimentalmente por un tiempo largo. Te tuvo miedo y huyó.

Ana: Debe ser el estúpido de Joaquín, de todos modos ya no me interesaba era un egoísta de lo peor.

Karina: El que tienes ahora está a punto de huir también. Tu problema es que eres muy posesiva.

Ahogas a los hombres, amiga, no los dejas ni respirar.

Ana: Tal vez a veces les pida demasiado, pero, tengo derecho a demandar lo que necesito. ¿O no?

Karina: Claro que sí, pero hay que saber hacerlo. El secreto está en aprender de las mujeres de antes, de las que mantenían al marido a su lado por años y años y no andaban atrás de ellos cuidándoles la bragueta.

Ana: Antes los matrimonios duraban más.

Karina: Y tal vez los hombres tenían una aventura, pero era sólo eso, una aventura. En cambio hoy andan haciendo y deshaciendo relaciones por aquí y por allá. Hay que ponerse lista, amiga, hay que retenerlos, amarrarlos, hacerlos que te busquen, que se enculen contigo y que no quieran más que estar metidos entre tus piernas.

Ana: Eso, eso es exactamente lo que yo quiero. Lo dijiste como si lo hubiera pensado yo.

³ Adaptado de La Celestina.

Karina: ¿Y sabes cómo conseguían las mujeres de antes todo eso?

Ana niega con la cabeza.

Karina: Pues con trabajitos, con magia. Con la sabiduría que ha pasado de mujer a mujer durante toda la historia del mundo. Lo que tú necesitas es que el hombre que quieres sea impotente con cualquier otra mujer que no seas tú.

Ana no puede evitar que una enorme sonrisa se la asome a la cara.

Ana: *(Falsa)* Pero entonces sólo va a estar conmigo por eso y no por mis sentimientos, mis ideas.

Karina: Ay, hija, pero si va junto con pegado. Al estar contigo tendrá oportunidad de ver todo eso.

¿Cómo va a saber que eres una mujer que vale la pena si está en la cama con otras?

Ana: De todos modos me parece un poco fuerte. Tal vez tengas algo menos radical.

Karina: Puedo hacer algo para que piense en ti constantemente, pero... lo otro es más efectivo.

Ana: No, no, eso de que piense en mí me basta, y ¿cuánto cuesta?

Karina: Por ser para ti trescientos pesos.

Ana: Está bien...

Ana abre su bolso y busca dinero.

Oscuro.

Carlos mira fijamente su computadora. Es la imagen de Love4yu que duerme sobre una cama.

Vemos la imagen de ella proyectada en un telón o pantalla. Carlos besa la pantalla. Se abre la puerta, entra Ana.

Ana: ¿No ha llamado Bob?

Carlos: No.

Ana: Si llama mientras me estoy bañando dile que llegaré a la hora que quedamos.

Carlos: Sí, claro.

Ana: ¿Cómo van tus amores con la Colombiana que vive en Suecia?

Carlos: No me gusta lo que está pasando. No hago más que pensar en ella. Mírala, ahí está.

Ana: ¿Dónde?

Carlos: Ahí, dormida. Puso su *web-cam* apuntando a la cama para que yo velara su sueño. Se ve tan linda, tan desamparada.

Ana: Carlos, ¿te estás enamorando!

Carlos: ¡Claro que no!

Ana: ¡Claro que sí! Y lo malo es que te estás enamorando de un fantasma.

Carlos: Love4u existe, ¿qué te pasa! ¿No la ves? Antes de dormirse hicimos el amor delicioso.

Ana: ¿Dijiste hacer el amor? ¿No fue sexo?

Carlos: Da lo mismo.

Ana: No da lo mismo. ¿Y por qué no te gusta lo que está pasando si es tan delicioso?

Carlos: No sé. Creo que estoy teniendo sentimientos banales.

Ana: ¿Amor?

Carlos: No he llegado a esos grados de abyección.

Ana: Carlos, ¿por qué te niegas a salir a la calle y buscar a una mujer de verdad? Podrías contemplarla dormir frente a ti como haces con ella.

Carlos: A ti lo que te molesta es que mi mente va más allá de las ataduras físicas.

Ana: Sí, seguramente tienes razón. Te entiendo, sobre todo hoy que también ando fuera de las ataduras físicas.

Ana lo mira con picardía y sonríe.

Carlos: Hey, hey, espérate. Tú te traes algo.

Ana: ¿Yo?

Carlos: ¿Qué pasó? ¿Galán nuevo a la vista?

Ana: Fui a ver a una bruja, y me dio un aceite que untadito en mi cuerpo hará que Bob sólo piense en mí.

Carlos: ¿Qué te pasa, Ana?

Ana: ¿Por qué?

Carlos: No estamos en la Edad Media, Anita, hay computadoras, naves espaciales, avances científicos.

Ana: ¿Ah, sí? ¿Y qué hace más válido un avance científico que la brujería?

Carlos: ¿A ver dime, qué mecanismo existe para que tu aceite ese haga que Bob piense en ti?

Ana: Carlos, el mundo no es de un solo modo. Y yo no soy de las que se dejaron vencer y le entraron a la estúpida carrera tecnológica. Hay otras maneras de explicarnos, de conocernos. ¡Tú te enamoras de gente a la que en tu vida has visto en persona y pretendes decirme que usar un aceite mágico no es posible!

Carlos: ¡Oye, pero no hay comparación!

Ana: ¡Claro que no hay comparación!

Carlos: Lo tuyo con Bob es vil capricho. Te ves patética, Ana.

Ana: ¿Y tú no cuando te haces puñetas frente a una computadora?

Carlos: No entremos a ese tema. Mejor me callo.

Ana: Sí, mejor te callas.

Ana se aleja rumbo a su cuarto.

Oscuro.

Carlos y Bob se encuentran frente a la computadora en el departamento de este último, Bob termina de darle instrucciones.

Bob: Repasamos: lo único que tienes que hacer es acceder tu login, tu password y esperar la señal de ellos de que estás al aire. De inmediato comienzas tu show. En esta ventanita van a estar los nombres de los que te estás viendo y en ésta puedes ver cómo te ves. Tampoco tienes que chatear con todos. Pero eso sí, procura teclearle algo a cada uno de vez en cuando. Tú sabes, para que los tipos sientan que se les da trato personal.

Carlos: ¿Y si me piden que haga cosas que no quiero?

Bob: ¿Cómo qué?

Carlos: Como que se la chupe al tipo con el que hago el show.

Bob: Para todo hay mañas. Mira, puedes hacerle así.

Bob toma el “dildo” y le muestra a Carlos que puede colocar su mano alrededor del miembro y lamer su propia mano. Carlos hace un gesto de desagrado.

Carlos: ¿Me juras que me van a depositar el dinero al día siguiente?

Bob: Al día siguiente vas a tener ochocientos dólares en tu cuenta. Me parece que para empezar dos tardes están más que bien. Mañana a las nueve de la noche tienes que estar conectado, ¡no se te olvide!

Carlos sonríe, se pone de pie y abraza a Bob.

Carlos: ¡Cómo se me va a olvidar! *(Contento)* Pinche Bob. ¡Bendita sea la noche que Ana te llevó a la casa! Eres a toda madre, lástima que mi amiga Ana sea el monstruito que es. ¿Y de verdad vas a romper con ella?

Bob: Sí. Mañana le voy a tener que decir que no soy su príncipe azul.

Oscuro.

Alejandro se encuentra con Karina, quien se prepara para hacerle una limpieza con un huevo.

Alejandro: ...cuando tenía catorce años me enamoré de una muchacha que vivía en mi misma calle, sufría mucho, me pasaba las noches sin dormir y mis calificaciones bajaron mucho, una vez uno de los padrecitos de la escuela me llamó para preguntarme qué me pasaba y yo le conté todo, le dije que no hacía más que pensar en esa muchacha, que ya ni me acuerdo de su nombre, él, el padre, me dijo que me iba a curar ese malestar con una técnica llamada corporalismo, que su cuerpo iba a ser el mío y que iba a ir tocándome para ver dónde estaban mis malestares y que yo debía tocarle a él el mismo sitio, como en un juego de espejos. Teníamos que estar casi desnudos para hacer eso. Por

supuesto me tocó todo, las nalgas, el miembro, y yo también le toqué a él. Recuerdo que me asusté mucho, yo creía que él de verdad quería curarme y, no lo sé, hasta ahora pienso que tal vez sí quería curarme, pero lo único que consiguió es que yo terminara llorando y me tuviera que llevar de vuelta a mi casa con una especie de ataque de histeria.

Karina: ¡Estás lleno de mala energía papacito! Ese padrecito sí te quería curar, cualquiera con un poco de cultura ha oído hablar del corporalismo, tal vez si te hubieras dejado curar por él no estarías pasando ahora por todos estos dolores y malestares. El cuerpo cura al cuerpo, ¿por qué crees que se siente uno tan bien después de haber estado en la cama con alguien. El amor cura. A ver, levanta las manos; quítate la camisa para que estés más cómodo.

Alejandro obedece, Karina comienza a pasarle el huevo por el cuerpo. Alejandro tiene una actitud de desamparo.

Karina: El cuerpo es como una olla, la usas a diario, haces la sopa, los frijoles, el adobo y después de tanto trajín se llena de cochambre. Hay que descochambrarse de vez en cuando para seguir sirviendo.

Karina se detiene por unos momentos en frotar con el huevo el rostro y las sienes de Alejandro, después baja directamente a la entrepierna.

Karina: Aquí debes tener acumulada muchas envidias, tanto de hombres como de mujeres, cada polvo que no echas se te convierte en un malestar, en dolor de estómago, en esa como ahogazón que te da a cada rato. ¿Dónde está la prenda?

Alejandro: *(Señalando)* En la bolsa de mi saco.

Karina extiende la mano y saca de la bolsa del saco de Karina la pañoleta roja que Ana dejó olvidada. Después vuelve a Alejandro, le abre la bragueta y con la pañoleta comienza a masturbarlo.

Karina: No te asustes, papacito, relájate. Ya verás, va a llegar a tocarte la puerta y a pedirte que la metas a la cama. Esto tiene mucho poder, una no hace otra cosa que hacer uso de lo que ya existe, el

propio Dios ya dispuso que se puedan hacer estos trabajos, es él quien nos hizo con cuerpo para gozar y quien sabe que nada es más fuerte que la unión de los líquidos de la mujer y el hombre.

Alejandro eyacula ruidosamente.

Oscuro.

Ana se encuentra en la cama, ha terminado de hacer el amor con Bob, quien sale en ese momento del baño y se vuelve a meter a la cama con ella.

Ana: Fue muy rico, ¿no? *(Bob no contesta)* ¿Estás bien?

Bob: Sí.

Ana: Te veo un poco tenso.

Bob: No es nada.

Ana: ¿Qué te pasa?

Bob: Ana, es que... yo creo que no vamos a ninguna parte. Yo no soy lo que tú buscas y, no sé, tal vez sea mejor que nos demos un tiempo para pensarlo seriamente.

Ana: Ah. Ya veo. ¿Y por qué tenías que esperar hasta después de hacer el amor para decírmelo?

¿Por qué no antes?

Bob: No, espérate, no va por ahí la cosa. Nunca lo hice premeditadamente.

Ana: ¿Ah, no? El cerebro de los hombres funciona de un modo absolutamente distinto después de que se vinieron. Creo que es cuando más se parecen a nosotras las mujeres, pero, la diferencia es que nosotras seguimos funcionando y ustedes ya no.

Bob: Ana, mira, estoy de acuerdo con todo lo que dijiste, pero escúchame. No eres tú la que tiene problemas con lo nuestro, soy yo, y no estoy saliendo con nadie más, te lo juro. Son cuestiones mí-
as, privadas. Necesito tiempo.

Ana: Pues no se me da la gana darte tiempo, ni terminar ni nada que sele parezca, si tienes problemas que arreglar los arreglas conmigo a tu lado. ¿Entendido?

Bob: Ana, te estás portando como una incivilizada.

Ana: Ah, entonces ustedes los gringos creen que es civilizado mandar a la gente a la mierda así nomás. Pues no, amigo, aquí lo civilizado es acompañar a la gente tanto en las épocas buenas como en las malas. ¿No estabas haciendo el amor conmigo? ¿Verdad? Sólo cogías. ¿Sabes la diferencia, la sabes Bob Ramírez? ¿Sabes que una cosa es descargarse simplemente y otra muy distinta comunicarse con el otro? ¿Existe eso en tu país? ¿Todos ustedes son hijos del amor o de una cogida?

Bob: ¡Ya basta, Ana!

Ana: Ahí sí te dolió, ¿verdad? Pinche gringo de mierda.

Bob: ¿Por qué hablas de eso? ¿A mí no me preocupa ser gringo, pero parece que a ti te molesta que lo sea y mira... ¡a fin de cuentas no tengo por qué soportarte!

Bob se pone de pie y comienza a vestirse.

Ana: Claro que tienes por qué escucharme. Si algo odio es a los tipos como tú que meten el cuchillo y después dicen que les da asco la sangre. Esto es de dos, ¡escuchaste, lo que siento tiene que ser tanto tuyo como mío! ¡Seguimos siendo pareja, Bob! ¡Seguimos juntos aunque te larges!

Bob se va. Ana se sienta derrotada, saca de su bolso el frasco con aceite que le dio Karina y lo arroja a un bote de basura.

Oscuro.

Alejandro se encuentra sentado en un bar, tiene frente a sí una botella de tequila. Bob pasa frente al sitio y decide entrar, saca su cajetilla de cigarros, busca un encendedor pero no lo lleva consigo. Se acerca a Alejandro para pedirle fuego.

Bob: Disculpa, tendrás un cerillo.

Alejandro: Sí, claro.

Alejandro saca un encendedor, se lo da a Bob. Bob le ofrece un cigarrillo.

Alejandro: No, gracias, dejé de fumar hace como un año. Lo cargo por costumbre.

Bob acerca una silla y se sienta.

Bob: Yo quisiera dejar de fumar, pero no puedo, me dan ganas de fumar cuando estoy nervioso, cuando estoy contento, cuando me aburro, en fin, siempre hay un pretexto.

Alejandro: Todos necesitamos algo de qué agarrarnos para soportar esos pequeños malestares. Te entiendo. ¿Quieres un tequila?

Alejandro sirve el tequila.

Bob: Gracias. Sí, esos pequeños grandes malestares.

Bob se toma el tequila de un trago y de inmediato se sirve otro.

Alejandro: ¿No eres mexicano, verdad?

Bob: Soy pocho, como nos dicen por acá. Oye, ¿por qué a la gente le llama tanto la atención que no sea mexicano?

Alejandro: ¿Es normal, no? ¿Te molesta?

Bob: A veces tengo la impresión de que lo remarcan como para decirme: ojo, no eres uno de los nuestros.

Alejandro: Así nos pasa a todos, este mundo funciona a base de semejanzas y diferencias.

Bob: Nunca lo había visto así.

Bob se sirve una copa tras otra de tequila.

Alejandro: ¿Problemas de amores?

Bob: Ni siquiera sé si estoy enamorado. Me parece que es una chava maravillosa, linda, inteligente, pero... no quiero pasar toda la vida a su lado, por lo tanto, siguiendo la lógica de ella, no estoy enamorado. Es más, lo acabo de descubrir: no la amo.

Alejandro: Yo sí estoy enamorado. Lo sé, lo siento.

Bob: Huye de sus engaños. ¿Sabes qué hacen? Cosas que es difícil entenderlas. No tienen modo, no razón, no intención. Por rigor comienzan el ofrecimiento, que de sí quieren hacer. A los que meten por los agujeros de la puerta en la calle. Convidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor pronun-

cian enemiga, ensañanse presto, apacíguanse luego. Quieren que adivinen lo que quieren. ¡Oh, qué plaga! ¡Oh, qué enojo! ¡Oh, qué hastío es conferir con ellas más de aquel breve tiempo, que son aparejadas a deleite!

Alejandro: ¡Ve! Mientras más me dices y más inconvenientes me pones más la quiero. No sé qué es. ¿Y tú qué sabes? ¿Quién te mostró esto?

Bob: ¿Quién? Ellas. Que desde que se descubren así pierden vergüenza, que todo esto y aún más a los hombres manifiestan. Ponte, pues, en la medida de honra, piensa ser más digno de lo que te reputas. Que cierto, peor extremo es dejarse hombre caer de su merecimiento, que ponerse en más alto lugar que se debe.⁴

Bob se percata de que se ha tomado prácticamente toda la botella de tequila.

Bob: Oops, me la tomé todita. Supongo que era para olvidarte de las penas.

Alejandro: Para acordarme más.

Bob: Ahora compro otra.

Bob saca su cartera y se da cuenta de que está vacía.

Bob: Qué pena. Salí corriendo y se me olvidó sacar dinero, pero, acompáñame a mi departamento, tomo dinero y nos vamos a seguir la parranda a otra parte.

Alejandro: No, ya bebí bastante.

Bob: Vamos, vivo aquí a la vuelta. Yo también quiero emborracharme y no es sano hacerlo solo.

¿Cómo te llamas?

Alejandro: Alejandro Méndez.

Bob: Mucho gusto, Alejandro, yo soy Bob Ramírez. ¿Qué dices, la seguimos?

Alejandro: La seguimos, pues.

Oscuro.

⁴ Adaptado de La Celestina.

Ana entra a su departamento a toda prisa. Arroja su bolso sobre un mueble y va directo a Carlos, quien se encuentra de espaldas a ella y con la cabeza reposando sobre el teclado de su computadora.

Ana: ¿Qué le dijiste?

Carlos: *(Sin dar la vuelta)* No sé.

Ana: ¡Cómo que no sé! No te hagas tonto.

Ana se acerca a Carlos y lo hace girar por los hombros para verlo frente a frente. Al hacerlo, descubre que Carlos tiene los ojos rojos y el rostro desencajado.

Ana: *(Asustada)* ¿Qué tienes, Carlos?

Carlos: Nada.

Ana: ¿Qué pasó? No me asustes.

Carlos se arroja sobre Ana y comienza a llorar.

Carlos: ¡Se fue, Ana, se fue, me dejó!

Carlos llora amargamente, dice frases ininteligibles sobre el hombro de Ana.

Ana: No te entiendo. ¿Quién te dejó?

Carlos: ¡Love4u, Ana! Me abandonó Lob4yu. Me mandó un e-mail diciéndome que lo nuestro no podía ser y... ¡cambió su dirección de e-mail y ya no está en su comunidad de *web-cams*.

Ana: ¿La mujer del Internet?

Carlos: ¡Sí, quién más!

Ana: Carlos, cálmate. Ven conmigo, te voy a preparar un té. No es para tanto.

Carlos: *(Se separa de ella)* ¡Cómo que no es para tanto! ¿Acaso tú sabes cuánto la amaba? ¿Tú sabes lo que siento? No lo sabes.

Ana: *(Sincera)* Discúlpame.

Carlos: Ay, ¿para qué quiero una computadora si no la tengo a ella? ¿Para qué?

Ana: Ay, Carlos. Me sorprende tu superficialidad. El mundo está lleno de mujeres deseosas de ser amadas y tú te pones así por una que lo único que hacía era enviarte correos electrónicos.

Carlos: También chateábamos, la veía a través de su webcam, y le mandaba tarjetas y flores virtuales.

Ana: Tú lo has dicho. Virtuales.

Carlos: No me jodas, Ana, virtuales o reales dan lo mismo.

Ana: Ese es el problema. Que para ti no hay diferencia. *(En burla)* Además el amor es algo banal. ¿no?

Carlos: Estoy harto de que me digas qué está bien y qué está mal.

Carlos vuelve a la computadora. Teclea unos segundos.

Carlos: Nada. Ni un pinche e-mail.

Ana lo mira con lástima.

Ana: ¿Estás seguro de que no le dijiste algo de mí al estúpido de Bob?

Carlos: ¿Por qué te crees tan importante?

Ana lo mira con lástima. Toma su bolso y sale sin despedirse. Carlos vuelve a la computadora. Busca y busca en las páginas de las comunidades de webcam, comienza a desesperarse, está a punto de llorar.

Oscuro.

Bob le presume a Alejandro su computadora. Alejandro lo escucha y mira con mucha curiosidad,

Bob se percató del modo en que Alejandro lo mira pero no acierta a saber de qué se trata.

Bob: Durante dos meses todo es de primera, son veloces, están al día, pero después comienzan a ser obsoletas y más vale que las cambies antes de que te quedes con una carcacha. Es como una relación amorosa. Al tercer año siempre se le comienzan a ver los defectos. ¿Por qué me miras tanto?

Alejandro: Perdón. No es nada, estoy un poco bebido.

Bob: ¿De veras?

Alejandro: Simplemente te estaba poniendo atención.

Bob va a un mueble y saca una botella de tequila y dos vasitos.

Bob: Por fortuna ya se fue mi “novia”, así no tenemos que salir a un bar. Salud.

Alejandro: Salud.

Se beben el vasito de una sola vez. De inmediato Bob sirve de nuevo.

Alejandro: Dime una cosa, ¿cómo es la relación con esa muchacha de la que me contabas?

Bob: De la chingada. Ana es un ser lindo pero enfermo. O tal vez sea linda porque está enferma.

Tiene el típico síndrome de la vagina devoradora, se come a los hombres, no sabe distinguir entre un acostón y una relación para toda la vida. ¿Por qué son así las mujeres? ¿Por qué esa pinche necesidad de poseerte? ¿De saber que eres de ellas y de nadie más? ¡Me cagan!

Alejandro: *(Poético)* Son un mundo misterioso, indescriptible... por eso nos dan miedo.

Bob: A mí sólo me dan miedo cuando se ponen como Ana, en plan loco, paranoico, jodido. Pero no me parecen ni misteriosas ni profundas. Prefiero el mundo de los hombres: natural, brillante, un mundo en el que las cosas son lo que son. Con ellas siento que todo es como... como obligación.

Alejandro: *(En analista)* ¿Obligación?

Bob: Es culpa de Rose, se pasó toda la vida haciendo de mí un un buen hombre, un hombre que no fuera macho, que no fuera agresivo, que supiera complacer a las mujeres, que no fuera egoísta.

¡Pinche Rose!

Alejandro: ¿Por qué pinche Rose?

Bob: No sé cómo más decirle. *(Pausa)* Me caes bien. Más que bien. Pero que conste que ni te pido matrimonio, ni quiero que me ames ni nada por el estilo. Nada más te digo que me gustas. ¿Tienes algún problema con eso?

Alejandro niega con la cabeza. Bob se acerca y le toca una pierna con rudeza, Alejandro lo sigue escudriñando con la mirada. Bob se ríe con gesto de macho conquistador. Aprieta un puño y le pequeños golpecitos juguetones a Alejandro en un hombro. Alejandro no pierde de vista un solo gesto, se pone de pie y se dirige hacia la puerta.

Alejandro: Mil gracias por los tequilas.

Bob: ¿Te vas?

Alejandro: Sí.

Bob: Ok, gusto en conocerte. Ya sabes donde vivo.

Alejandro: Sí, ya sé dónde vives. Adios.

Alejandro abre la puerta y se va.

Oscuro.

Karina lee una revista de chismes de televisión. Encuentra en las páginas centrales el poster de algún galán, voltea la revista de lado para verlo mejor.

Karina: ¡Papacito! Mhhh.

Entra Ana. Va directo a la mesa de Karina y se sienta. Karina no se sorprende.

Karina: ¿Y?

Ana: Lo que me esperaba.

Karina: *(Afirma)* Te dijo que es mejor que queden como amigos.

Ana: Sí.

Karina: Pero claro, después de haberte puesto una buena cogida.

Ana: ¿Tienes que ser tan vulgar?

Karina: ¡Eso es lo que hizo! ¿O me vas a salir con que te hizo “el amor”?

Ana: Tu aceite no funcionó.

Karina: Para ese hombre no hay aceite que funcione. Lo que necesitas es amarrarlo. Obligarlo a que no pueda hacerlo más que contigo. Te lo dije.

Ana: Está bien. Eso quiero. ¡Que se le pudra el pito si se atreve a usarlo con otra!

Karina: Con los hombres no hay de otra.

Ana: Que se le pudra, se le llene de gusanos y se le caiga cuando vaya a hacer pipí.

Karina: Por fin hablas como una mujer enamorada.

Ana: Quiero que esté loco por mí, que sea como un perro que me lame las manos, que me llore, que me suplique.

Karina: Así será, lo vas a tener bien amarradito.

Oscuro.

Departamento de Ana. Carlos sigue frente a la computadora, al mismo tiempo que “navega”, habla por teléfono con Bob.

Carlos: Vino hecha una furia a reclamarme quién sabe qué cosa... No te preocupes, así es ella, ya se le pasará... ¡No, no estoy bien! Loveforyou me abandonó sin razón alguna... Me siento muy mal, Bob.

Se ilumina el espacio del departamento de Bob.

Departamento de Bob. Bob se pone un tratamiento para el cabello. Se mira constantemente en un espejo de mano. Al terminar se coloca una toalla o un plástico.

Bob: No te pongas denso, acuérdate que hoy es tu primer show. Te vas a sentir bien cuando depositen esos dólares en tu cuenta. Oye, ¿y cómo le vas a hacer para que Ana no esté ahí a esa hora?... Si vas a mover la computadora a tu recámara tienes que hacerlo ya, no te va a dar tiempo. Carlos, ¡cuidado me dejas mal! Si no haces ese show me echan del trabajo y yo te juro que te las vas a ver conmigo. Puedo ser muy malo, ¿eh? Yo te recomendé... Te oyes mal, Carlos, échate una pastita y aliviánate. Bueno, te dejo. Tengo qué hacer. Bye.

Cuelga. Ahora comienza a ponerse una mascarilla. Se descubre un punto negro en la nariz y hace un gesto de horror.

Oscuro.

Alejandro entra al negocio de Karina. En ese preciso momento sale Ana con una canastita de dulces mexicanos en la mano. Ana se siente descubierta, intenta esconder la canastita.

Alejandro: ¿Qué haces aquí?

Ana: ¿Qué haces tú aquí? Yo ya te había contado que vine.

Alejandro: Supongo que vine a lo mismo que tú.

Ana: Si, supongo.

Karina se asoma a ver qué pasa.

Karina: Ya se conocen, ¿verdad?

Alejandro: No.

Ana: Claro que me conoces, y muy bien.

Alejandro: Tú también me conoces a mí. Más de lo que crees.

Karina los mira y vuelve a desaparecer tras la cortinilla de cuentas, se queda escuchando desde atrás.

Alejandro: ¿Por qué la cara de susto?

Ana: No es susto. Es que, nunca te había visto fuera del consultorio y no sé, te veo distinto. *(Lo olfatea)* ¿Bebiste?

Alejandro: Me tomé unas copitas.

Ana: Bueno. Después te busco.

Alejandro: Cuando quieras.

Ana: Adiós.

Ana le extiende la mano. Alejandro la jala y le da un beso en la mejilla.

Alejandro: *(Refiriéndose a los dulces)* ¿Me das?

Ana: Son para un regalo. Después te llevo otros.

Ana se zafa suavemente y sale del local. Alejandro la mira irse, saca del bolsillo del pantalón la pañoleta roja, está a punto de arrojarla al suelo, la vuelve a guardar en su bolsillo después traspasa la cortina de cuentas y se sienta frente a Karina.

Oscuro.

Bob se encuentra descansando sobre un sofá. Se escucha una música muy suave. Todavía tiene una mascarilla limpiadora sobre la piel del rostro. Suena el timbre de la puerta. Intenta ignorarlo pero el timbre suena insistentemente. Va a la puerta, se asoma por la mirilla y abre. Entra Carlos, quien tiene gesto de preocupación. Carlos le hace un gesto de que no puede hablar; toma una toalla y comienza a quitarse la mascarilla.

Bob: ¿Qué onda? Estaba tratando de relajarme. Por fortuna hoy no tengo show.

Carlos: ¡Me dejó, Bob! Me tiró como a un pedazo de basura.

Bob: Tú ya estás peor que una amiga común que tú y yo tenemos. Deja de estar dándole vueltas a ese asunto. Se acabó y ya.

Carlos: Es muy duro, muy duro. Nunca había sentido algo así.

Bob: Pero si ni siquiera la conocías.

Carlos: ¡La conocía mejor que a mí mismo!

Bob: Concéntrate en el hoy, en el ahora. ¡Tienes tu primer show esta noche!

Carlos: Ya no quiero hacerlo.

Bob: ¡Claro que quieres hacerlo! Es un compromiso. ¡Pinche Carlos, si me dejas mal yo sí te parto la madre!

Carlos: Yo no sirvo para eso.

Bob: Pero si el sexo es la única cosa para lo que todos servimos.

Bob abre un cajón y saca un paquetito con cocaína, hace un par de líneas, aspira una y después invita a Carlos a que se de un pase, Carlos se niega.

Bob: Te va a hacer bien.

Carlos: No quiero, me voy a poner peor.

Bob aspira la segunda línea.

Bob: Ven, te voy a dar un par de tips. Acércate.

Bob se coloca frente a la computadora para mostrarle a Carlos lo que debe de hacer.

Bob: Lo más fácil es que comiences el show en ropa interior o con poca ropa. Comienzas frotándote por encima y después, te detienes un momento y vas a la computadora para chatear con los que estén en el “site”. Escribe cosas simples como: “Hola, soy Carlos y este es mi amigo fulano de tal y queremos divertirnos mucho esta noche”. Por cierto, ¿cómo se llama el chavo con el que vas a hacer el show?

Carlos: *(Miente)* Luis, se llama Luis.

Bob: Tienes que comunicarte bien con él para que el asunto sea medianamente creíble. ¿Ya practican?

Carlos: No, todavía no. Es que... no sé, a mí como que no se me antoja tocar a otro hombre. Además estoy deshecho por lo de *Love4u*, me abandonó, Bob.

Bob: No pasa nada. Puedes hacer todo “fake”. Mira, para simular que se la chupas le haces así.

(Bob toma el “dildo” y lo cubre totalmente con su mano) Lo tapas con la mano y después haces como que lo estás chupando.

Carlos hace un gesto de desagrado.

Carlos: ¿Tengo qué hacer eso?

Bob: Sí. O sigues por la vida sin un peso en la bolsa y además sin dientes. *(Le muestra un puño de modo amenazante)* Mira, para simular que coges, o que te cogen, haces el famosísimo truco de las películas porno. Uno de los dos se pone por detrás, y el otro la pone entre las piernas. Es facilísimo.

Te recuerdo, tu turno es de cinco horas, media hora de show y media de descanso. ¿Ya pusiste la computadora en tu cuarto?

Carlos: Si ya... pero la verdad es que no estoy tan convencido, Bob, yo no sé si...

Suena el timbre de la puerta. Carlos hace gesto de extrañamiento. Se acerca a la mirilla de la puerta y se da cuenta de que es Ana.

Bob: (En voz baja) Es Ana.

Carlos: ¿No estabas peleado con ella? ¿A qué viene?

Bob: No sé.

Carlos: Que no me vea aquí o va a empezar a hacer preguntas. (Refiriéndose al dildo) Esconde eso.

Bob esconde el dildo.

Bob: No le voy a abrir. No hagas ruido.

Voz de Ana: Bob, ábreme por favor, ya vi que te asomaste por la mirilla. Sólo quiero hablar contigo un minuto.

Bob: Voz Ana:

Bob, por favor. Podemos arreglar las cosas civilizadamente. Tenme confianza. Recuerda que tengo llaves para entrar, pero prefiero que tú me abras.

Carlos se mete al baño para esconderse. Bob abre la puerta. Entra Ana muy sonriente con su canastita de dulces en la mano. Le da un beso a Bob en la mejilla y después le entrega los dulces.

Ana: Es para hacer las paces. ¿Me quieres aunque sea un poquito?

Bob la mira con un poco de desconfianza, después toma los dulces y sonríe.

Bob: Sí, Ana, pero...

Ana: Discúlpame, a veces me porto como una tonta. ¿Quieres que te devuelva tus llaves?

Busca en su bolso, no encuentra las llaves.

Ana: Pensé que aquí estaban. Mañana mismo te las traigo. ¿No hemos terminado, verdad?

Bob: Dame tiempo, Ana.

Ana: Y, bueno... ¿tú, cómo estás?

Bob: Bien, ocupado, ahora mismo me iba a poner a limpiar un poco la casa, tengo la cocina hecha un desastre.

Ana se le acerca y le quita un poco de sobras de mascarilla de la cara, lo hace de un modo sensual.

Bob no responde.

Bob: Creo que lo más importante es que los dos estemos bien. Me dio gusto verte.

Ana: ¿Me estás corriendo?

Bob: No.

Ana está a punto de estallar, se contiene.

Ana: Sí me estás corriendo. Lo noto en tu tono de voz. ¿Me pediste tiempo o ya decidiste que nuestra relación se acabó?

Bob: Ana... por ahí no va la cosa.

Ana: Tengo que pasar al supermercado. ¿Se te ofrece algo?

Bob niega con la cabeza, su incomodidad hace sospechar a Ana que hay alguien más en el departamento.

Ana: ¿Estás con alguien?

Bob: No.

Ana: Bob, ¿dime la verdad? ¿Hay otra?

Bob: No, Ana, no hay otra. Te lo juro.

Ana: ¿Seguro? Porque eso sí me dolería mucho. Si hay algo que me parece despreciable es la falta de respeto hacia los demás. Yo nunca, nunca, Bob, haría algo a tus espaldas y mucho menos algo que te lastimara.

Bob: De verdad, Ana.

Ana: Los dulces son naturistas... Mañana te llamo antes de traerte las llaves.

Bob: Como quieras.

Ana se dirige a la puerta de salida, durante todo el trayecto mira a Bob como tratando de adivinar sus pensamientos. Bob abre la puerta, es evidente que quiere que se vaya.

Ana: ¿No me das un beso?

Bob: Sí, claro.

Bob se acerca para besarla en la mejilla, ella pone la boca. Se dan un beso rápido. Ana se va. Bob cierra la puerta y vuelve a la sala. Se deja caer sobre un sofá. Carlos sale de su escondite.

Carlos: Ya mero nos pesca, ¿verdad?

Bob: Sí.

Carlos: *(Refiriéndose a los dulces)* Deben estar envenenados.

Bob: Estás loco... y mejor ya vete... a ti sí te puedo echar sin problemas además, tienes que estar listo para tu debut.

Carlos: Bob, Bobito... mira... yo me siento mal, muy mal, de verdad...

Bob lo empuja hacia la puerta.

Bob: No te va a pasar nada. Después te vas a dar cuenta de que es el mejor trabajo que se puede tener en el mundo. Ah, ¡se me olvidaba! Ni se te ocurra venirte porque te cansas y después ya no le puedes seguir.

Bob abre la puerta, saca a Carlos y cierra. Después toma la canastita de dulces, va a tomar uno, pero recuerda que le pueden salir granos en la nariz, así que los deja de nuevo sobre la mesa.

Oscuro.

Alejandro se encuentra sentado frente a Karina.

Alejandro: No es ético, Karina, soy su analista. Hubiera sido como abusar de ella, como violarla.

Pero la verdad es que yo soy el hombre que ella busca y no Bob, que además es bisexual o puto o qué sé yo, ¡no me importa! El caso es que no ama a Ana.

Karina: ¿Cómo sabes todo eso?

Alejandro: Es muy largo de contar.

Karina: Pues entonces ahora sí la jodimos. ¿La mascada era de ella?

Alejandro: Sí.

Karina: ¡Y por supuesto no se la diste!

Alejandro: No.

Karina: ¡Eres el peor cliente que he tenido! De verdad, Alejandro. De nada te sirven tantos estudios.

Una trate y trate de ayudarte y tú chingue que chingue las cosas. ¿Por qué no me dijiste todo desde el principio? Este asunto ya estaría arreglado.

Alejandro: Mejor dejamos todo así.

Karina: Ningún dejamos todo así. Una vez que las bolas se echan a rodar no hay modo de pararlas.

(Sorpresivamente recuerda lo de los dulces) ¡Con una chingada, le di los dulces!

Alejandro: ¿Qué dulces?

Karina: Unos dulces para que amarrara al tal Bob. Si se los come no va a poder dejarla nunca.

Alejandro: ¿Y de verdad sirven?

Karina: ¡Claro que sirven! Si Bob los prueba no va a poder con ninguna mujer que no sea Ana.

Alejandro mira a Karina, hace gesto de angustia, comienza a respirar agitadamente. Se busca en los bolsillos una pastilla. Karina le da una bofetada.

Karina: A mí no me hagas esos numeritos que no soy tu mamá.

Alejandro deja de respirar agitadamente y mira a Karina con gesto de asombro. Ella le sostiene la mirada.

Karina: Lo que tienes que hacer ahora es ir a buscar al Bob para quitarle los dulces. Si prueba uno solo, todo se fue a la mierda y ni yo ni nadie te va a poder ayudar.

Alejandro: *(Todavía pasmado)* Si.

Karina: ¡Pero ya! ¡Ahora mismo!

Alejandro se va apresuradamente del local de Karina. Ella toma su bolso, cierra el local y también se va a la calle.

Oscuro.

Carlos está sentado frente a la computadora. Ha puesto un disco de música ranchera. Llora a mares. Se deja caer sobre el teclado una y otra vez. Se abre la puerta, entra Ana, lleva en la mano algunas bolsas de supermercado. Carlos no se da cuenta de que Ana lo observa. Finalmente Ana quita el disco y se le acerca.

Ana: *(Asustada)* ¿Y ahora qué te pasa?

Carlos: Nada. Nada importante.

Ana: ¿Es en serio?

Carlos: *(Furioso. Hecho un mar de lágrimas.)* ¡Claro que es en serio! ¡Ay, cómo me duele! Estoy hecho polvo. ¿Lo ves? Por eso no me quería enamorar. Pero si yo estaba tan bien hasta que ella apareciera en mi pantalla, tan bella, tan tierna, tan dispuesta.

Ana: Ven, ven desahógate.

Ana lo hace sentarse junto a ella para que llore sobre su hombro.

Ana: Las relaciones humanas son así. Hay que tomarlas con serenidad y madurar y no hacer tontorrías. Si ella ya no quiere estar contigo debe ser tus razones.

Carlos: ¡Ni tu misma crees lo que dices!

Ana: Si, grita, desahógate.

Carlos: Yo daría hasta mi vida por volverla a ver ahí, en la pantalla de mi computadora.

Ana: Ya te enamorarás de otra.

Carlos: No quiero a otra. Sin ella ya no quiero vivir, Ana. No quiero. Nada tiene sentido. El mundo es una mierda.

Ana: Piensas eso ahora porque todo está muy reciente, pero ya verás que mañana verás las cosas de otro color.

Carlos se retira de Ana, se pone de pie y muy pausadamente se dirige a un mueble. Abre un cajón y de éste extrae la pistola de Ana. Ana se pone de pie asustada.

Ana: ¡Dame eso, Carlos! No seas estúpido. ¡Dámela!

Carlos no quiere soltar la pistola, Ana tiene miedo. Carlos se pone la pistola en la sien.

Ana: Carlos, no hagas eso. No es justo para ti. Baja la pistola, bájala, Carlos. No me hagas eso.

Después van a creer que yo te maté. Acuérdate que tiene mis huellas. Carlos, eso que piensas hacer es el acto más egoísta que puede existir. Por favor, me estás asustando mucho. Carlos.

Carlos baja la pistola y se echa a llorar sobre el hombro de Ana. No queda claro si Carlos lo hizo en serio o simplemente como un modo de llamar la atención. Ana le quita la pistola, la va a devolver al cajón pero se arrepiente y prefiere ponerla en su bolso.

Ana: Carlos, creo necesitas ayuda profesional.

Carlos: No quiero nada.

Ana: No te portes como un niño. Es por tu bien. Piensa en lo que estuviste a punto de hacer.

Ana va al teléfono y marca.

Carlos: ¿A quién llamas?

Ana: A mi analista. Te va a caer súper bien.

Carlos le cuelga el teléfono. Ella vuelve a marcar. Carlos le vuelve a colgar el teléfono. Ana, confundida, lo mira sin saber qué hacer.

Ana: Te voy a dejar solo si eso es lo que quieres.

Carlos: No quiero estar solo. Ya estoy bien, ya pasó, mira.

Carlos sonríe, se limpia los ojos y respira hondo.

Ana: Te va a hacer bien quedarte solo un rato.

Ana toma su bolso y se dispone a salir. Carlos la llama.

Carlos: Ana, ¿conoces a alguien gay o de amplio criterio?

Ana: *(Preocupada)* ¿Qué tiene que ver eso con...? *(Pausa. Lo mira extrañada)* Quédate aquí, ya vuelvo. No salgas por nada del mundo.

Ana sale. Carlos vuelve a la computadora, tecldea desesperadamente.

Oscuro.

Ana se encuentra frente a la puerta del edificio de Alejandro. Toca una y otra vez el timbre. Saca su teléfono celular y llama.

Ana: ¡Cómo odio las grabadoras! *(Pausa)* Alejandro, soy Ana, estoy aquí en la esquina. Necesito hablar contigo, no es nada mío, es un amigo que está en problemas. Se quiso suicidar. Por favor, si estás ahí contéstame *(Pausa)* Alejandro, sé que estás ahí, contéstame. Te juro que no es chantaje.

Ana cuelga. No sabe qué hacer. Saca un pedacito de papel para escribir una nota, escribe algo, hace bolita el papel y lo tira al suelo. Se sienta en la entrada del edificio a esperar.

Oscuro.

Carlos sigue llorando mientras navega por el Internet. Ahora oye un disco de Daniel Santos. Se escucha el timbre de la puerta, él va y abre, es Karina.

Karina: ¿Aquí es la casa de Ana... *(no sabe su apellido)* vaya, de Ana?

Carlos: *(Entre lágrimas)* Sí, pero ella no está.

Carlos le baja el volumen al sonido.

Karina: ¿Está en casa de Bob?

Carlos: No sé. No creo. Pero con ella uno nunca sabe. *(La reconoce)* Yo la conozco. ¡Usted es la bruja de la esquina!

Karina: Consejera espiritual, muchacho.

Carlos: Usted me tiene que ayudar. Es por una mujer.

Karina: Yo te curo esas heridas, corazón. Ve a verme mañana. ¿Sabes dónde vive el tal Bob?

Carlos: No, mañana no. Es urgente, mire, ella es la mujer más bella que he conocido, tuvimos un romance maravilloso y de pronto, dejó de implearme y de aparecer en su webcam y sólo me envió una pinche tarjetita virtual de despedida.

Karina hace gesto de que no entiende nada.

Carlos: Ah, ya veo, usted no está familiarizada con el Internet.

La jala del brazo para llevarla a la computadora.

Karina: Muchacho, espérate, tengo prisa. Mañana te arreglo todo este asunto, pero ayúdame tú primero, dime dónde vive el Bob.

Carlos: *(Patético)* Ayúdeme por favor, ya no está, desapareció de mi pantalla y no sé dónde encontrarla.

Karina mira la pantalla y ve las imágenes de la gente sentada frente a sus cámaras web.

Karina: Dime una cosa, ¿es mujer que tú dices? La conociste así, como esos de las pantallitas.

Carlos asiente.

Karina: ¿Pero después la viste en persona?

Carlos: No. ¿No le estoy diciendo que desapareció? Me abandonó.

Karina: Yo te voy a ayudar, me caes bien. Pero dime dónde vive Bob.

Carlos: Tamaulipas 128, interior 2. Ayúdeme ahora, *please*.

Karina: Mañana te espero.

Antes de salir, Karina toma una mano de Carlos y la coloca sobre sus pechos, él está apunto de quitarla, pero ella no se lo permite.

Karina: ¿Ves? La tierra no se abre.

Karina sale a toda prisa. Carlos la sigue al pasillo.

Carlos: *(Grita)* Oiga, usted debe conocer a algún chavo gay...

Karina ya no lo escucha, Carlos vuelve a entrar al departamento. Se mira la mano, está confundido.

Oscuro.

Alejandro llega a la puerta del departamento de Bob. Bob se encuentra escuchando música con unos audífonos puestos. Alejandro oprime el timbre. Bob baila y brinca por el departamento, es evidente que no se percata de que alguien toca. Alejandro intenta un par de veces más y después se va. Cuando Alejandro se va, la canción que escucha Bob termina, Alejandro va al aparato de sonido y la pone de nuevo.

Oscuro.

Ana camina de un lado a otro frente a la puerta del edificio de Alejandro. Finalmente se cansa de esperar y se va.

Oscuro.

Alejandro toca a la puerta del departamento de Ana. Carlos, quien ahora escucha “La Diferencia” cantada por Juan Gabriel, abre la puerta.

Alejandro: Hola, soy amigo de Ana. ¿Está ella?

Carlos: No.

Alejandro: ¿Dónde está?

Carlos: No sé.

Alejandro: Mira, tengo que localizarla. Soy su médico.

Carlos: ¿Médico?

Alejandro: Su analista.

Carlos: ¡Ahhh! Ya le fue con el chisme. Mire, yo vengo de una familia un poco extraña, mi papá nunca me mandó a la escuela porque dijo que él nos podía enseñar más que nadie y por eso me

cuesta trabajo ser como toda la gente. Soy un poco raro, lo sé, lo siento. Pero fue un impulso, de verdad. Nada más que un impulso.

Alejandro: Dime una cosa, ¿tus sabes algo de unos dulces?

Carlos: ¿Los que le llevó Ana a Bob?

Alejandro: ¿Se los comió, verdad? ¿El cabrón de Bob se comió los dulces que le llevó Ana? Dime la verdad.

Carlos: No sé. Yo no vi que se los comiera. Pero... ¿usted no vino porque Ana le dijo que yo intenté suicidarme?

Alejandro: No. Vine porque tengo que encontrarla a ella o a Bob.

Carlos: Bob está en su departamento.

Alejandro: No está. De allá vengo.

Carlos: Yo estuve con él hace un rato. Pero, oiga, usted debe saber por qué una mujer que me amaba mucho de pronto desapareció sin razón alguna.

Alejandro: Bueno... puede haber infinitas razones, es algo muy complicado complicado.

Carlos: Todo iba bien, demasiado bien. Nos veíamos diario a través de nuestras cámaras web, hacíamos cyberser de lo más rico y... se fue. Nada más me mandó una nota diciéndome que lo nuestro no podía ser. ¿No puede ser? ¿Qué chingados significa que algo no puede ser?

Alejandro: Sí. Es una frase estúpida. Algo es o no es, pero no puede no poder ser. Tienes razón.

Carlos: Eso es lo que yo pienso...

Alejandro: ¿Tienes idea de dónde puede estar Ana?

Carlos.: Ya le dije que no. ¡Mi vida está hecha un desmadre y la gente no hace más que tocar a la puerta y preguntar por Ana! ¡Yo también existo! Tengo horas tratando de encontrar a *Love4u*, horas tratando de que alguien me diga qué hacer o cuando menos cómo quitarme este pinche dolor de encima, ¡horas! (*Carlos recuerda que tiene que hacer el show. Mira su reloj.*) ¡Bob me va a matar!

Oiga, usted sí que conoce a algún gay. Tiene que darme el teléfono de alguno de sus pacientes que sea gay, no es para nada malo, al contrario, podemos ganarnos una buena lana.

Alejandro: Perdón, pero me tengo que ir.

Alejandro decide irse, Carlos lo jala del brazo.

Carlos: Es bien importante, le juro que no es para nada malo. Necesito encontrar a alguien que sea gay o bi o de amplio criterio. ¿A usted le importaría tocar a otro hombre? No pasa nada. ¡Usted es psicoanalista y sabe que no pasa nada!

Alejandro logra soltarse. Se pone serio y hace valer su autoridad frente a Carlos.

Alejandro: Con permiso.

Alejandro sale. Después de dar unos pasos se detiene y voltea a ver a Carlos.

Alejandro: El único que se me ocurre ahora es Bob.

Carlos cierra la puerta y se dirige a toda prisa al teléfono.

Oscuro.

Bob sigue escuchando la misma canción, la melodía termina y se dirige al aparato a ponerla de nuevo. Escucha que alguien toca el timbre de la puerta. Se asoma por la mirilla, abre. Se trata de Karina.

Karina: *(Entrando)* Hola, Bob, soy amiga de una amiga de la señora del departamento 202 del edificio de al lado. Me dijo que tal vez estarías interesado en comprar... *(Karina se percata de las cremas y el espejo que hay sobre un mueble)* unas cremas buenísimas que tengo para el cutis. ¡Dios mío! Tienes manchas de sol.

Alejandro: ¿Sí?

Karina: ¿Por qué no te cuidas? Vas a llegar a los 35 todo lleno de arrugas.

Karina hurga en su bolso y saca un par de frascos de alguna crema. Abre un frasco y le da a oler a Bob.

Karina: Esta, es buenísima para quitar todo tipo de machas, tiene filtro solar factor 15 y esencias de tomate y perejil. ¿Tendrás un espejito?

Bob: Sí, claro. Su cara se me hace conocida.

Bob se pone de pie y va por el espejo. Karina localiza los dulces. Alejandro vuelve y se sienta junto a Karina, quien de inmediato le pone la crema.

Karina: Claro que sí, yo también vivo en este rumbo. Ven, verás que rico se siente, es astringente y lo mejor de todo es que vas a ver los resultados en una semana.

Bob: ¿Me lo garantiza?

Karina: Claro, papacito. Es más, nada más porque me caes bien, te dejo todo el tratamiento que incluye una loción refrescante, una crema de día y una de noche por doscientos pesos y... esos dulcitos.

Bob: ¿Esos dulces?

Karina: Me encantan, me enloquecen los dulces y precisamente esos son los que más me gustan.

Bob: Me los acaban de regalar.

Karina: Con eso te vas a llenar de barros y puntos negros. El chocolate es malísimo

Bob: Bueno, pues, trato hecho. Nada más que ahorita no tengo dinero, tengo que ir al banco.

Karina: No te apures, mañana paso a cobrarte.

Karina se pone de pie, va y toma la canasta de dulces.

Karina: Te dejo, Bob. Tengo que ir a ver a una clienta. Cuídate.

Bob: ¿Tiene tarjeta, o algo?

Karina: *(Lo ignora)* Mañana paso sin falta.

Alejandro le abre la puerta, Karina sale a toda prisa.

Karina: Hasta luego.

Bob: Hasta luego.

Bob toma el espejo y busca un sitio en el que le dé buena luz para revisarse el rostro. Vuelven a tocar el timbre. Alejandro se asoma por la mirilla y después abre. Entra Carlos.

Bob: ¿Qué haces aquí? ¡Tienes que empezar el show en menos de cinco minutos!

Carlos: ¡Ya lo sé, por eso vine! No conseguí a nadie, Bob, a nadie. Tenemos que hacerlo tú y yo, no hay de otra.

Bob: ¿Tú y yo?

Carlos: ¿Se te ocurre otra cosa?

Bob: ¡Pinche Carlos! ¡Pinche Carlos! Maldita la hora en que te tuve confianza.

Bob se dirige a su cuarto.

Carlos: ¿Adónde vas?

Bob: A traerte algo para que te pongas. ¡Tú vete encuerando y prende la computadora!

Carlos corre a encender la computadora y después se quita la ropa. Bob le entrega un pantalón y un chaleco negros de piel.

Bob: Ponte esto. Pero rápido cabrón. Chingada madre, ¡por qué tuviste que esperar hasta esta hora para decírmelo!

Carlos: Es que he estado súper depre.

Bob: Tú y tu amiga me van a volver loco. ¡Ya me volvieron loco! ¡Y todo por haberme echado un simple polvo con ella. ¡Carajo! ¿Por qué no se hacen responsables de sus propias broncas?

Mientras Carlos se pone la ropa, Bob termina de entrar al sistema.

Bob: Ya que acabemos te las vas a ver conmigo. Ya verás pinche Carlos. ¡Listo! Ya hicimos login, ven, acércate que en treinta segundos entramos en pantalla.

Carlos lo jala y lo abraza de un modo sexual.

Bob: Ya verás ojete. ¡Te la voy a meter de verdad!

Carlos: No digas eso. Me asustas.

Se escucha una música que recuerde a un espectáculo de strip-tease. Bob se prepara para hacer su show.

Oscuro.

Alejandro camina a toda prisa por la calle, se encuentra con Karina que lleva en las manos la canastita de dulces.

Alejandro: ¡No los encuentro por ningún lado!

Karina: Asunto arreglado. Se los quité al Bob.

Alejandro se percata de los dulces. Intenta tocarlos.

Alejandro: ¿Esos son?

Karina: Sí, pero deja, deja, con esto no se juega. Ahora me voy a descansar un rato. Ya mañana hablaremos, me duelen los pies de tanto correr, y todo por tu estupidez.

Alejandro: Dámelos.

Karina: ¡Estás loco! En tus manos serían un peligro.

Alejandro: Te los compro.

Karina: Hay cosas que no se compran doctorcito.

Alejandro abre su billetera y saca todo el dinero que lleva, se lo ofrece a Karina, quien ve el dinero y comienza a dudar.

Karina: Esto quita la tristeza del corazón, más que el oro ni el coral: esto da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza, pone color al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia, conforta los cerebros, saca el frío del estómago y hace potentes a los fríos. *(Pausa)* Está bien. Toma. *(Le quita el dinero y le entrega la canastita)* Que Dios te cuide de tí mismo. Desde este momento no soy responsable de lo que hagas. ¡Vete, vete que nomás de verte se me hacen nudo las tripas!

Alejandro se aleja del sitio. Karina se queda pensativa, se dirige a su local, entra, saca una maleta y la prepara para irse de viaje. Cierra el local y se va.

Oscuro.

Ana entra a su departamento, lleva en la mano un manojito de yerbas.

Ana: Carlos, ya regresé, te voy a hacer un tecito de tila, ya verás que te va a caer de maravilla. *(Lo llama)* ¡Carlos! ¿Estás bien? *(Ana se detiene a mitad de la sala y trata de escuchar algún sonido que delate la presencia de Carlos.)* Carlos, no me asustes, ¿dónde estás? *(Para sí misma)* ¡Dios mío, que no se haya suicidado! *(Ana se asoma al baño llena de susto, después a la recámara, regresa a la sala, se sienta y se toca las sienes desesperada, va al teléfono y marca, espera, le contesta una grabadora)* Bob, soy yo. Contesta, por favor. Sabes que sé que estás ahí. Es urgente, Carlos intentó suicidarse y ahora desapareció. No tengo la menor idea de dónde esté. Tienes que ayudarme a encontrarlo. ¡Contesta, Bob! *(Cuelga enojada, toma su bolso y se dirige a la calle).*

Oscuro.

Carlos y Bob continúan con show. Simulan que hacen el sexo y de tanto en tanto teclean algunas palabras.

Carlos: Pensé que iba a ser más difícil.

Bob: No converses, estamos trabajando, concéntrate. Chúpame la teta.

Bob jala a Carlos hacia su pecho.

Bob: *(Exagerando)* Sí, sí, ¡qué rico!

Carlos: *Carlos ríe. Bob se toma el asunto con mucho sentido del humor y juega a ser muy sensual, Carlos entra al juego.*

Carlos: ¡Ahora a mí! Apriétamelas rico, ¡uuuy!

De pronto se escucha que alguien toca el timbre de la puerta.

Carlos: ¿Es aquí?

Bob: Sí, pero no hagas caso. Estamos trabajando.

El timbre suena una y otra vez. Carlos tiene gesto de preocupación. Ahora llaman con los nudillos, se escucha la voz de Ana.

Ana (*Detrás de la puerta*): Bob. No seas así. No te me niegues como siempre. De verdad necesito que me ayudes. Carlos está muy mal y no sé dónde encontrarlo.

Bob le hace a Carlos la señas de que sigan con su trabajo en silencio. Por unos segundos Ana se queda callada.

Ana: Bob, eso no es de amigos. ¡Cómo vamos a construir una simple amistad si no me apoyas justo cuando más lo necesito! (*Espera respuesta*) ¿Sabes lo que creo? Creo que estás con otra y por eso no me quieres abrir. (*Espera respuesta*) Sabes que podría entrar si quisiera. Te estoy dando la oportunidad de que seas tú quien me abra. Si algo me molesta, es que me quieras ver la cara. ¡No soy estúpida, Bob!

Carlos se alarma, Bob sigue con su show sin inmutarse. Se escucha que Ana mete la llave a la puerta y entra. Carlos abraza a Bob y se queda petrificado. Ana los mira y no sabe qué hacer.

Carlos: Ana, esto no es lo que parece.

Bob: (*A Carlos*) ¡Cállate!

Ana sigue en silencio, está pasmada, cuando logra salir del asombro abre su bolso lentamente y saca la pistola, apunta hacia ellos.

Carlos: ¡No, Ana, no! ¡No me mates, te puedo explicar todo!

Bob: Ana, ¡no seas estúpida!

Carlos: Estamos trabajando, Ana, yo hago esto por el dinero nada más, te lo juro.

Ana sigue apuntando hacia ellos. Tiene un gesto de profunda tristeza. De pronto arroja la llave al centro de la habitación, guarda la pistola y sale del departamento.

Oscuro.

Alejandro se encuentra sentado en un sofá en actitud de quien espera. Saca la pañoleta roja del bolsillo de su pantalón y la huele, después la coloca sobre el diván. Suena el timbre de la puerta, va al interfono, aprieta el botón y se sienta a esperar. Entra Ana, quien tiene gesto de dolor, ha llorado. Ana va directamente al diván y se acuesta, toma su pañoleta y juega con ella en las manos mientras habla.

Ana: Soy una estúpida, Alejandro, una verdadera estúpida. No tengo remedio. ¿Por qué me cuesta tanto trabajo aceptar la realidad! ¡Por qué me la paso buscando a mi príncipe azul si sé que no existe! ¿Sabes qué estaba haciendo cuando me viste con la bruja? Fui por unos dulces que supuestamente iban a hacer que Bob no pudiera tener sexo más que conmigo. Con ninguna otra mujer. *(Ríe amargamente)* Que fantasía tan maravillosa, ¿no? Tu hombre come unos dulces y por arte de magia se convierte en el ser más fiel del mundo, incapaz de sentir placer con alguien más, atado a tus piernas para siempre. ¡Por qué soy tan estúpida, Alejandro! ¡Me da rabia ser tan imbécil! ¡Por qué no crezco!

Alejandro: Yo no creo que seas estúpida. Al contrario, creo que eres una mujer muy especial, única. *Ana levanta la cabeza y voltea a ver a Alejandro, él se pone de pie y se sienta junto a ella en el diván, le pone la mascada al cuello y después va a su escritorio y saca la canastita de dulces. Ana lo mira sorprendida.*

Ana: ¿Cómo los conseguiste?

Alejandro le indica con un gesto que no hable, toma uno de los dulces y se lo come, después otro, Ana lo mira sonriente, se pone de pie y lo abraza fraternalmente

Ana: Gracias, Alejandro, pero... es que tú no me gustas.

Ana lo mira con lástima, toma su bolso y sale del consultorio.

Alejandro: ¡Dejárame acabar de morir y no tornaras vivificar mi esperanza, para que tuviese más que gastar el fuego que ya me aqueja! ¿Por qué has dado así con tu lengua causa a mi desespera-

ción? ¿En quién hallaré yo fe? ¿A dónde hay verdad? ¿Quién es el claro enemigo? ¿Quién osó darme tan cruda esperanza de perdición?

FIN.